

Michel de Montaigne: Una filosofía a través de Ensayos

Laura Nicolle Caballero Pabon.

Asesor: Sergio Alexander Hoyos Contreras.

Junio 2025.

Universidad de Pamplona.

Facultad de Artes y Humanidades.

Programa de Filosofía.

Monografía.

Agradecimientos

A quienes estuvieron sin necesidad de ser nombrados

A quienes me guiaron en las aulas y fuera de ellas

A las preguntas que me trajeron hasta aquí

Y a todo lo que insiste en existir.

Dedicatoria

Para todos aquellos que convirtieron la palabra en ley innata y la existencia en poesía.

Resumen

La monografía presenta el pensamiento filosófico de Michel de Montaigne, a partir de una selección de Ensayos, donde se resalta la propuesta montaigneana de una filosofía práctica, sobre todo, ligada a la vida cotidiana. Montaigne es un filósofo renacentista del siglo XVI que está justo antes del comienzo de la Edad Moderna y después de la finalización del medioevo, lo cual tiene influencia en su estilo único y en su crítica a la filosofía exageradamente académica.

Montaigne, en lugar de incluirse en modelos sistemáticos, metódicos o suscribirse a una sola línea de pensamiento, hace una propuesta de filosofía encarnada en la experiencia personal, que se alimenta del juicio propio y el pensarse a sí mismo. El texto es tripartito: En el primero se narra cómo Montaigne define y ejerce la filosofía; en el segundo se expone su crítica a la erudición y a falsos lectores; y en el tercero, se muestran sus lecciones morales que conforman su ética filosófica. Todo ello, a través de textos como *La presunción* (Ensayos II, 17), *La formación de los hijos* (Ensayos I, 25), *La pedantería* (Ensayos I, 24), *La experiencia* (Ensayos III, 18), *Los caníbales* (Ensayos I, 30), *La crueldad* (Ensayos II, 11) etc. Montaigne hace una reivindicación de la filosofía con base en la humildad y las vivencias. Por tanto, se pretende demostrar a Montaigne cómo una figura necesaria en la tradición filosófica porque aporta una filosofía viva, alejada de dogmas y de inalcanzables estándares.

Palabras clave: Filosofía; Literatura; Michel de Montaigne.

Abstract

The monograph presents the philosophical thought of Michel de Montaigne, based on a selection of his Essays, which essays, highlighting Montaigne's proposal of a practical philosophy, above all, linked to everyday life. Above all, linked to everyday life. Montaigne is a Renaissance philosopher of the 16th century, who the beginning of the modern age and after the end of the Middle Ages. the end of the Middle Ages, which influences his unique style and his critique of his critique of exaggeratedly academic philosophy. Montaigne, instead of being included in systematic, methodical systematic, methodical models or subscribing to a single line of thought, Montaigne of thought, he proposes a philosophy incarnated in personal experience,

nourished by personal personal experience, which is nourished by self-judgment and self-thought. The text is tripartite: the first narrates how Montaigne defines and practice's philosophy;

In the second, his critique of erudition and false readers is exposed; and in the third, his moral lessons on what is moral and what is not, his moral lessons are shown in what makes up his philosophical ethics. All The third shows his moral lessons in terms of his philosophical ethics. All of this is explored through essays such as Of Presumption (Essays II, 17), Of the Education of Children (Essays I, 25), Of Pedantry (Essays I, 24), Of Experience (Essays III, 18), Of Cannibals (Essays I, 30), Of Cruelty (Essays II, 11), among others. Montaigne makes a vindication of philosophy based on humility and experiences. Thus, it is intended to Montaigne as a necessary figure in the philosophical tradition because he brings a living philosophy, far from he provides a living philosophy, far from dogmas and unattainable standards.

Keywords: Literatur; Michel de Montaigne; Philosophie.

Tabla de contenidos

INTRODUCCIÓN	7
Primer Capítulo: La filosofía de Michel de Montaigne	10
Definición de filosofía en Montaigne.....	10
Tabla de ensayos Primer Capítulo	31
Segundo Capítulo: La crítica de Montaigne a la filosofía	32
Definición de filosofía académica y sistemática	32
Tabla de ensayos Segundo Capítulo	37
Crítica montaigneana a la filosofía.....	38
Tercer Capítulo: La Propuesta montaigneana de una Ética en Primera Persona	57
Definición de Ética.....	57
Tabla de ensayos Tercer Capítulo	60
La Ética en los ensayos de Montaigne	61
Conclusión	74
Bibliografía	76
Bibliografía Básica.....	76
Bibliografía Complementaria.....	77

INTRODUCCIÓN

Montaigne convierte el acto de pensar en una forma de vivir. Es clave resaltar que Montaigne se encuentra en medio de una crucial oscilación: el fin de la Edad Media y el inicio de la Edad Moderna. Esta transición de la que hace parte, es reflejada en la esencia de su escritura y proyecto filosófico *Los ensayos* (2021), el autor, valida con su estilo literario, una nueva forma de filosofar por medio de una defensa filosófica a partir de la premisa de demostrar que no hay una sola forma de hacer filosofía.

Esta monografía se enmarca en el estudio del pensamiento filosófico de Montaigne, basándose en una selección de ensayos de su obra, con el objeto de analizar la filosofía contenida en ellos. Montaigne se distancia de los tratados tradicionales, donde se vislumbran las letras con excesiva academia y se dedica a presentar una filosofía vivencial, al alcance de cualquiera que esté vivo. En específico, en la monografía se examina cómo Montaigne concibe la filosofía como una herramienta para vivir mejor, más que como un corpus rígido de conocimientos. Así, su filosofía no es una recolección de criterios teóricos o una consagración a una escuela filosófica, sino una manifestación del sujeto y su existencia.

La redistribución de los Ensayos propuesta alrededor de los tres capítulos, introduce al lector tanto de filosofía como de literatura al valor que merece Montaigne en la tradición escrita. Montaigne no representa a un sabio que habla desde una posición de autoridad, en su lugar, es un hombre que se observa a sí mismo, en un intento por comprender su humanidad y a los otros, a través de su propia experiencia. Es por esto que, en sus textos la teoría y la práctica no aparecen como opuestas, sino como dimensiones inseparables del filosofar.

No obstante, Montaigne tiene como eje central de su pensamiento la crítica a la erudición vacía, aquella que acumula conocimientos sin transformar la vida del individuo, pues la verdad no apunta a una colección de saberes o referencias, de lo contrario, se focaliza en el uso del juicio, en la capacidad de discernir en cuestiones cotidianas. Es decir, su crítica no apunta al conocimiento en sí, sino a su forma de ser transmitido por intelectuales poco sabios que olvidan su raíz vital.

En cada capítulo de esta monografía se pretende demostrar la filosofía en los *ensayos*¹ de Montaigne. Puesto que, se despliega una concepción de la filosofía que busca reconectar con la cotidianidad. De la misma forma, Montaigne no intenta construir una teoría del mundo, más bien, orienta lo humano en la restitución de su vínculo con la vida concreta con un modo de relacionarse con su interior y su realidad de mundo. Los ensayos de este autor presentan una filosofía encarnada de vida y alejada de la teoría desmesurada. Este texto busca mostrar el valor de la humildad como característica principal de la filosofía montaigneana. En efecto, Montaigne es ejemplo de cómo rescatar el sentido intrínseco de la filosofía al plasmar una filosofía viva en sus ensayos.

Desde el enfoque metodológico, esta monografía emplea una estrategia cualitativa de carácter documental, con base en el análisis textual de una selección significativa de ensayos de Montaigne. Dónde más que cantidad, se prioriza la fuerza de los argumentos que allí se encuentran. Adicionalmente, la interpretación del contenido tiene como objetivo promover una lectura crítica para respaldar y justificar su razonamiento. Por ello, se apoya en revisiones de lo que se ha mencionado de Montaigne en la tradición filosófica y no filosófica, con el fin de aclarar el punto inicial: en Montaigne hay una filosofía. Esta metodología posibilita un abordaje desde la complejidad de la obra y el espíritu del pensamiento montaigneano.

En la primera sección, se parte de una lectura temática de textos como *La presunción* (Ensayos II, 17), *Los mentirosos* (Ensayos I, 9), *La formación de los hijos* (Ensayos I, 25), *Que filosofar es aprender a morir* (Ensayos I, 19) y *La vanidad* (Ensayos III, 9), los cuales permiten identificar los pilares de su pensamiento reflexivo sobre la vida, construida en y desde ella. La filosofía es una reflexión diaria, situada en el entorno, que tiene como principio investigativo al ser humano en su totalidad; lo que no es una abstracción de conceptos. Esto, desemboca en la segunda sección con los ensayos *La pedantería* (Ensayos I, 24), *Los libros* (Ensayos II, 10), *La fisionomía* (Ensayos III, 22) y *La experiencia* (Ensayos III, 18), donde Montaigne critica la filosofía académica y la memorización como una muestra de saberes. La filosofía de Montaigne es una invitación a pensarse la *philo-sophia* (amor a la sabiduría) desde la práctica inmediata. Por tanto, Montaigne desarrolla una filosofía apegada al pragmatismo: la ética filosófica, en la

¹ El término -ensayo- (proveniente del francés *essais*) hace referencia a un intento, ejercicio o práctica, lo cual refuerza esta noción metodológica.

medida en que, argumenta lecciones morales en sus fragmentos *Los caníbales* (Ensayos I, 30), *La crueldad* (Ensayos II, 11), *La virtud* (Ensayos III, 29), *Los cojos* (Ensayos III, 11) y *La conciencia* (Ensayos II, 5) a partir de exponer una filosofía cercana a un tema comprendido por todos (eruditos y el -vulgo-): la moral, una apuesta por una filosofía más auténtica y cercana, que se construye en la medida en la que se vive.

La estructura tripartita de esta monografía corresponde a un criterio progresivo, en el primero se identifica el contenido filosófico de los *Ensayos*; luego, se analiza la crítica que Montaigne dirige a la filosofía; y finalmente, incluye lecciones morales, lo que permite reconocer su aporte en la configuración de una nueva forma de filosofar. A lo largo de esta investigación, se defiende la idea de que la propuesta de Montaigne constituye una forma válida, radical y acertada de resolver el quehacer filosófico. La filosofía, para Montaigne, no es un adorno de la inteligencia, sino un arte de vivir.

Por tanto, Montaigne es pertinente en tiempos donde la filosofía tiene el riesgo de alejarse de la vida y desconectarse de la existencia humana, la voz de Montaigne funciona como un faro en medio del océano del saber, donde quien se osa a leerlo, recuerda que pensar es, ante todo, un acto y una práctica que enseña a habitar el mundo.

Primer Capítulo: La filosofía de Michel de Montaigne

Definición de filosofía en Montaigne.

“La filosofía no es otra cosa que un éxtasis fracasado por un desgarramiento”

(Zambrano, 1996 p. 16).

La filosofía de Michel de Montaigne parte de una máxima que expresa su obra:

No me parece que la filosofía lo tenga nunca tan fácil como cuando se opone a nuestra presunción y vanidad, cuando reconoce de buena fe su irresolución, su flaqueza y su ignorancia. Me parece que la madre nutricia de las más falsas opiniones, públicas y privadas, es la opinión demasiado buena que el hombre tiene de sí mismo. (Ensayos II, 17, p. 957)

Esta cita es clave para introducirse en el pensamiento filosófico de Michel de Montaigne en la medida en que la filosofía es una conciliación entre la praxis y la teoría. Es decir, Montaigne no desprestigia la teoría y el intelecto, sino que resalta por medio de sus obras la importancia de hacer de la teoría una aplicación en la vida, por ello, sus ensayos son escritos en primera persona a partir de sus vivencias y perspectivas. Lo que pretende no es otra cosa que la valoración de la verdad por encima de la arrogancia y ambición de creer que se posee la verdad absoluta sobre las particulares visiones del mundo de cada sujeto.

En este ensayo de Montaigne llamado *La presunción* (Ensayos II, 17), se recoge la postura sobre qué es la filosofía, puesto que, por medio de su escritura sobre sí mismo, se hace un análisis de la forma de impartir enseñanzas y como estas son poco personales al centrarse en la formalidad y el protocolo en lugar de lo cotidiano. Aunque Montaigne no esté de acuerdo completamente con las enseñanzas de los filósofos griegos, propone una figura que recupera accidentalmente la forma de exponer filosofía como los filósofos antiguos presentaban, un ejemplo de ello es Cicerón a quien Montaigne demostró en sus obras una admiración profunda.

En este primer capítulo se lleva a cabo una selección de ensayos de Michel de Montaigne que constituyen los cimientos de su pensamiento filosófico. La elección de estos textos responde a la

presencia de referencias a la filosofía, las cuales permiten examinar de forma directa e indirecta la concepción que el autor tiene de esta disciplina, así como la manera en que la vivencia filosófica se articula en su escritura.

Es por ello que, se propone un nuevo orden conceptual de los ensayos seleccionados. Esta reorganización responde a un criterio temático y busca evidenciar la construcción de los pilares que sostienen su proyecto filosófico. En los ensayos escogidos, se observa que Montaigne no se limita a definir la filosofía, sino que también la ejerce a través de su estilo ensayístico. En este sentido, uno de los ensayos funciona como ejemplo de su filosofía, este ocupa un espacio central en el análisis, en lugar de solo explicar en qué consiste filosofar, ilustra cuán necesaria resulta esta práctica ante acontecimientos como la muerte.

De este modo, la selección y organización propuesta en este capítulo, establece un nuevo orden de los ensayos para mostrar las bases de la filosofía de Montaigne, en la que cada ensayo es un aporte fundamental para la comprensión del autor y su filosofía.

Los Ensayos funcionan como una introducción a lo que el autor entiende por educación filosófica, así como a la esencia misma de la filosofía y su aplicación en la vida cotidiana. A lo largo de este capítulo, se analizan en detalle los ensayos: *La presunción* (Ensayos II, 17), *Los mentirosos* (Ensayos I, 9), *La formación de los hijos* (Ensayos I, 25), *Que filosofar es aprender a morir* (Ensayos I, 19) y *La vanidad* (Ensayos III, 9), pues en ellos se encuentran los pilares fundamentales de su pensamiento filosófico.

Si bien, el ensayo más famoso de Montaigne es *Apología de Ramón de Sibiuda* (Ensayos II, 12) donde se aborda el escepticismo de Montaigne como lo plantea Oyarzún (2003) “La rúbrica escéptica de Montaigne se percibe por doquier en sus Ensayos. Pero si lo que se desea es contar con un documento principal donde apreciar [*ibid*] nítidamente su entronque con esa postura filosófica, se debe acudir a la Apología” (p. 343), no es la naturaleza de este texto discutir el escepticismo en Montaigne, por lo que no se analiza este ensayo en el presente escrito.

El ensayo por el que inicia este análisis es *La presunción* (Ensayos II, 17), este es fundamental en la selección indicada, ya que en él Montaigne plantea cómo debe enfrentarse la existencia desde la filosofía y, al mismo tiempo, cómo no debe hacerse. Esta reflexión es clave

para comprender su postura ante el conocimiento. Asimismo, en *Los mentirosos* (Ensayos I, 9), Montaigne expone su postura sobre la verdad, al considerarla como el fundamento esencial para la vida humana y el ejercicio mismo de la filosofía. Por otro lado, su visión sobre la educación en *La formación de los hijos* (Ensayos I, 25) y en *Que filosofar es aprender a morir* (Ensayos I, 19). En estos textos, Montaigne enfatiza en su vínculo con la existencia terrenal y el aprendizaje como procesos esenciales para la construcción de una filosofía. Finalmente, en *La vanidad* (Ensayos III, 9) se presenta una crítica a la vida social y a las apariencias, de modo que las asocia con la falta de intención filosófica (querer hacer filosofía para “humanos superiores”) que ha prevalecido a lo largo de los siglos. A través del estudio de estos ensayos, en este primer capítulo se tiene como propósito demostrar la esencia de la filosofía de Montaigne.

Ahora bien, en el ensayo de *La presunción* (Ensayos II, 17) que es la base filosófica montaigneana. Se presenta el papel del juicio frente a la actividad filosófica, como en esta obra y en muchos de los ensayos de Montaigne, el juicio es clave para abordar al ensayista, ya que como se expresa más adelante, es su método: juicio y ensayarse. Al momento en el que Montaigne deja claro que el juicio es lo más importante para discernir la realidad se reconoce el juicio como la herramienta para estudiar al hombre. De la misma forma, en las primeras palabras del ensayo, se hace una crítica al protocolo, o como él lo dice en *La presunción* (Ensayos II, 17), la -ceremonia-. Esta establece una serie de pasos sobre cómo expresar ideas, pero en muchas ocasiones, termina por atrapar la verdad dentro de sus propios protocolos y la encierra dentro de convenciones rígidas. Seguido de esto, Montaigne hace la primera apreciación de forma directa a la filosofía:

En efecto, dado que en el estudio al que yo me dedico, cuyo objeto es el hombre, encuentro una variedad tan extrema de juicios, un laberinto tan profundo de dificultades, unas sobre otras, tanta diversidad e incertidumbre aun en la escuela de la sabiduría. (Ensayos II, 17, p. 958)

Montaigne comenta cómo la filosofía que él valora o la que considera digna de proclamación es la que demuestra las flaquezas de su propio saber. Es decir, se reconoce a sí misma como ignorante y que no lo sabe todo. Dicha filosofía es para Montaigne válida, pues a veces el hombre tiene mejores opiniones sobre sí mismo de lo que es en la realidad. De la misma forma, se reitera la posición de la práctica frente al saber, puesto como se sabe, Montaigne valora la

práctica sobre la teoría filosófica. Por esto, desarrolla a lo largo de *La presunción* (Ensayos II, 17) características, bases o herramientas para aplicar la filosofía y nutre una crítica a la filosofía en general.

Tal como menciona Ann Hartle en *La invisibilidad de la Filosofía en los Ensayos de Michel de Montaigne* (2012). Montaigne en su ensayo, *La presunción* (Ensayos II, 17) presenta su propósito de escritura, al negar que su filosofía está hecha para estudiosos y eruditos; en su lugar, reitera que está hecha para usar en la vida cotidiana y para la gente promedio, una filosofía que existe para la gente del común. Montaigne realiza un juicio libre, que va más allá de las opiniones. Según Hartle (2012), lo que hace Montaigne en sus ensayos se sintetiza en separar la verdad de la falsedad ““De la presunción” dice que debemos “cribar” lo verdadero de lo falso. Las opiniones verdaderas y falsas están mezcladas, y tenemos que encontrar la manera de distinguirlas” (p. 797). Esto lo logra al recordar que las apariencias son engañosas, probar las impresiones comunes y ponerlas en duda, por último, ensayarse así mismo e intentar deshacerse de la costumbre.

Montaigne busca resaltar la concepción de la filosofía como un ejercicio de autoconciencia y humildad intelectual, en oposición a una filosofía dogmática o demasiado teórica. Para ello, es relevante esclarecer que se entiende por filosofía (práctica) para el ensayista francés. La filosofía práctica, aunque no es definida de manera explícita se da a entender en la medida en la que avanza el ensayo:

Como en el callar, también en el decir me limito a seguir mi forma natural. Por este motivo tal vez soy más capaz hablando que escribiendo. El movimiento y la acción animan las palabras, sobre todo en quienes se mueven bruscamente, como es mi caso, y en quienes se enardecen. (Ensayos II, 17, p. 958)

Si bien parece que Montaigne define el discurso, lo que está haciendo es dar la definición de práctica filosófica, ya que, en el momento de escribir, al realizar una escritura en forma discursiva, donde parece en muchas ocasiones que se entrelaza en una conversación propia. Montaigne valora la práctica que refiere a la vida cotidiana y a la introspección, por ello, presenta el movimiento y la acción como lo que animan la filosofía por medio de palabras y de la escritura sobre diversos temas como se percibe en los ensayos, gracias a esto, son los ensayos un

discurso filosófico sobre sus experiencias, pensamientos y conocimientos recolectados en sus años de vida.

Montaigne se dedica al estudio del hombre en toda su complejidad, por medio del reconocimiento de juicios que reflejan la diversidad de la experiencia humana. Su enfoque es introspectivo puesto que, parte de la observación de sí mismo para comprender la naturaleza humana en general. En medio de dejar en claro que se estudia así mismo, Montaigne se encarga de hacer una crítica de cómo los hombres no pueden resolver el conocimiento de sí mismos, pero sí pretenden resolver otros conocimientos.

Como es de esperarse, a la par de la definición de filosofía en el ensayo, Montaigne aborda otros temas, en este punto, lo que hace, es exponer un discurso social, incluso podría decirse que político, puesto que, alega que al poder no le gustan los discursos firmes, sino los discursos ambiguos que pueden decir muchas cosas, pero al mismo tiempo no expresa nada en concreto, “A los príncipes no les gustan mucho los discursos firmes, ni a mí contar cuentos” (Ensayos II, 17, p. 962).

Por esta misma línea, Montaigne enfatiza sobre la relevancia del lenguaje en la filosofía, por medio de su escritura, intenta cuidarse de ser un autor oscuro, ambiguo y engorroso. En su lugar, para Montaigne es preferible ser breve, pretende no caer en el oscurantismo ni la confusión, por medio de que sus ensayos tengan una lectura ligera y clara. A pesar de los elogios sobre su escritura, Montaigne acepta preferir la acción del habla, porque en las palabras encuentra movimiento, estas al no estar estáticas, sino en un contacto constante con la realidad y las necesidades básicas humanas. Es decir, la comunicación para cualquier acto es de suma importancia, al momento de interactuar y expresar, es fundamental parlamentar para las acciones cotidianas, sin embargo, el lenguaje está ceñido a la cultura y el territorio, puesto que, está impedido a usarse en su totalidad por la variedad de idiomas que se encuentran en el mundo. Por ello, es clave la estética, ya que no es limitado por el idioma, sino que las imágenes pueden llegar a ser universales, por ende, ser entendidas por la mayor parte de la población.

Es pertinente mencionar el contexto histórico de Montaigne, puesto que, la literatura en su entorno es un argumento crucial para entender su escritura y su planteamiento filosófico. Tal cómo se menciona en el artículo comparativo de Montaigne y el poeta Fernando Pessoa, este

busca las similitudes que se encuentran en los ensayos y los poemas de Pessoa en algunos de sus seudónimos:

Es importante subrayar que hasta finales del siglo XVI no existía una literatura de la interioridad. Sólo a partir del Renacimiento encontramos condiciones efectivas para la aparición de la autobiografía, ya que este período asiste a la secularización del conocimiento, que permitió al hombre realizar su individualidad en la elección de su forma de conducta. (Conceição, 2014, p. 45)

En otras palabras, la Edad Media es un periodo centrado en la religión como centro del mundo, el individuo no era autónomo y era relegado a conformar un orden divino, Montaigne vuelca su escritura en la interioridad. Es decir, no es el centro de su escritura un todopoderoso, sino sus propios pensamientos, emociones y dudas. Asimismo, Montaigne es precursor en la secularización del conocer, como se plantea en la cita, el saber se desliga de la iglesia y da paso a que se pueda pensar más libre, Montaigne es pionero de pensarse e inicia una literatura abierta al hombre como su objeto de estudio.

En relación a ello, la literatura en la Edad Media:

cruzó un largo camino de complejidades y contrastes en el que se alternaron momentos de mayor receptividad con otros de resistencia y franca oposición. El difícil equilibrio, la búsqueda de fórmulas que permitieran conservar el legado cultural, literario y retórico clásico pero plegándolo a las exigencias de la nueva cultura cristiana, acapara todos los empeños de los Padres de la Iglesia y de los máximos intelectuales de los siglos IV a VI (Eco, U. *et al.*, p. 562)

Montaigne hereda de siglos anteriores, una cultura ya transformada en la que se usa la tradición como forma de justificar la visión del mundo de la creencia en Dios, es decir, los cristianos de la época, infundían la preservación de la cultura a través de la literatura. El ensayista destaca gracias a su forma de escribir propia y un estilo irreverente en el transcurso de siglo XVI, no obstante, es oportuno decir que, en la Edad Media era de suma importancia la calidad interna de la escritura “La literatura clásica, por otra parte, impone atención y exige imitación (aun con las salvedades de las que hemos hablado) tan sólo por su excelencia

lingüística y retórica” (Eco, U. et al., p. 563) Por ende, el talentoso ensayista lograba, gracias al nivel de su escritura, distraer y confundir en sus escritos que moralmente no son una caretosrica del monoteísmo creyente.

Ahora bien, con su gran capacidad para escribir, parece tener habilidades en su retórica escrita. Por ejemplo, en el discurso estético, Montaigne termina en la mención del cuerpo, ya que en el desarrollo de la filosofía ha sido condenado al remilgo. “El cuerpo tiene una gran participación en nuestro ser, ocupa en él un rango importante; por ello, su estructura y composición merecen una gran consideración. Quienes pretenden desgajar nuestros dos principales elementos, desprenderlos uno de otro, cometen un error” (Ensayos II, 17, p. 962). La unión de Montaigne del cuerpo y el alma es característica primordial para su filosofía, puesto que, por medio del cuerpo es donde se conoce el mundo en primera estancia. El acto reconciliar el alma y el cuerpo no es otro que aceptar el objeto de la filosofía.

No obstante, esto es una introducción para darle inicio al alma propia de Montaigne, más que un tratado sistemático, su obra se asemeja a un confesionario, un espacio donde expresa tanto críticas objetivas como sus inseguridades, pensamientos y contradicciones. Montaigne escribe desde sí mismo y hacia sí mismo, y en ese gesto parece preguntarse, en qué momento la filosofía se ha separado tanto del hombre que se ha vuelto impersonal, ajena a quien la escribe.

Una crítica frecuente hacia Montaigne -como la que realiza Michel Onfray- señala precisamente los privilegios desde los que escribe y reflexiona. Se observa que Montaigne no redacta, sino que dicta: “en cuatro ocasiones el filósofo precisa en el texto que no escribe, sino que dicta. Habla, habla mientras camina en su torre, habla a un tercero que anota. Tercero ausente, de quien no sabemos absolutamente nada” (Onfray, 2007, p. 202). Aunque reconoce la profundidad y autenticidad de su pensamiento, Onfray también juzga a Montaigne, pues en ocasiones, reduce su filosofía a un ejercicio de divulgación que consiste en simples anotaciones en cuadernos. Sin embargo, Montaigne sostiene que sus escritos están dirigidos a amigos, familia y personas comunes, pero Onfray sugiere que, en realidad, están dirigidos principalmente a sí mismo. Esta introspección personal es lo que da a sus ensayos la genuinidad y cercanía, es allí donde su obra cobra vida.

En consideración de lo mencionado en su ensayo *La presunción* (Ensayos II, 17), Montaigne, como en toda su obra, desarrolla un dilema ético, en este caso lo público y lo privado. En este

dilema, se concluye que, debe aclamarse la verdad por encima de cualquier evento presentado. Se resalta como el papel de la bondad frente a lo social y público es más importante que la inteligencia y la astucia, puesto que la moral tiene un valor mayor, “Si alguien es desleal con la verdad, lo es también con la mentira” (Ensayos II, 17, p. 978). Esto es fundamental para comprender la visión filosófica de Montaigne, a partir de reconocer la verdad como una base indiscutible para los hombres.

Montaigne, reitera el papel de la filosofía al relacionarla con la facilidad de hacerse en caso de no tener una memoria admirable. “el principal fruto que había obtenido de la filosofía era hablar libre y abiertamente a todo el mundo” (Ensayos II, 17, p. 980). Gracias a que no se necesita inventar una verdad sino aflorarla. Como él mismo reconoce, no posee una memoria extraordinaria por lo que podría ser engañado por sí mismo en sus suposiciones, cuando desconfía de la memoria, aprende a improvisar.

Por otro lado, Montaigne cita a Cicerón, un autor que le agrada y de quien ha aprendido mucho sobre la memoria. Cicerón busca calmar a Montaigne al señalar que la filosofía no depende de la memoria, aunque esta sea un pilar fundamental en muchas disciplinas y artes. La memoria es defectuosa y no se puede confiar plenamente en ella.

Montaigne, deja claro que la filosofía no consiste en la memorización de libros o palabras, sino en el entrenamiento del juicio. Considera que aprovechar el razonamiento es mucho más valioso que memorizar información sin comprenderla, ya que lo importante es saber manejarse en diferentes circunstancias, sean estas similares o no. Montaigne no solo reconoce sus problemas de memoria “el autor, el lugar, las palabras y demás circunstancias, lo olvido al instante” (Ensayos II, 17, p. 983), sino también otras limitaciones que lo llevan a saber pocas cosas y a considerarse ignorante. Sin embargo, para él, esto no es algo negativo ni deshonesto, sino un acto de reconocimiento valiente frente a lo desconocido. Aceptar que no se sabe todo o que se sabe poco no es más que una muestra de humildad, lo que, a su vez, permite aprender más.

Cabe resaltar la relevancia de la humildad en la filosofía de Montaigne. Él reconoce su ignorancia frente a situaciones simples de la vida, ya que, al haber crecido como noble, muchas tareas básicas le resultan desconocidas y complicadas. En este ensayo, admite esta limitación y

se cuestiona por qué el arte de pintarse es tan diferente al de escribirse ¿Acaso no se puede reconocer un error en la escritura del mismo modo que en un trazo? Montaigne utiliza el término -Eruditos- para referirse a quienes han estudiado con privilegio, a los intelectuales que leen y memorizan información. No obstante, nunca afirma que un doctor tenga necesariamente un juicio más entrenado ni una mayor capacidad de disertación que una persona del común.

A partir de este punto, introduce una crítica a la academia y a la filosofía. Se pregunta para quién escriben los doctores y a quién pertenece los libros: “¿para quién escribes? Los doctos, a quienes pertenecen la jurisdicción libresca, no conocen otro valor que el de la ciencia, y no admiten otro procedimiento en nuestros espíritus que el de la erudición (Ensayos II, 17, p. 991). De esta manera, recalca que el saber, en muchos casos, se reduce a la ciencia entendida como mera memoria, repetición y libros. De esta crítica a la academia, se puede inferir en qué consiste la filosofía para Montaigne, puesto que, al negar y criticar el protocolo lector, no hace otra cosa que una reformulación sobre lo que él considera una filosofía humilde, cercana a la verdad y alejada de la academia para ser vivida en el diario de todos aquellos que no son filósofos de biblioteca, pero son humanos que se preguntan y reflexionan cosas. ¿Acaso este no es el origen de la filosofía? Más allá de partituras, tratados y confesiones. Se da por naturaleza el asombro y la duda, Montaigne lo recuerda e intenta retomarlo para que quién lo lea, lo recuerde también.

Asimismo, Montaigne reflexiona sobre el egocentrismo, al diferenciarlo de la egolatría, el primero mencionado es aquel que consiste en centrar todo en sí mismo y el segundo implica alabarse y aclamarse. Aclara que esto último no es su intención. Sin embargo, duda del dogma, pues lo que se piensa individualmente suele creerse con firmeza y ferocidad. No obstante, bajo el mandato de su razón, Montaigne intenta ser sincero tanto en el papel como consigo mismo. Para él, la verdad se encuentra en uno mismo, por lo que no la niega, a diferencia de la fama escéptica creada, sino que la acepta. Sin embargo, también sostiene que hay que buscarla, escarbar en ella, aunque pocas veces se logre hallar.

En este punto, se puede reconocer cierta incredulidad en su pensamiento. Lo que hace Montaigne al cuestionarse su propio saber, frente a lo egocéntrico que pueda ser para convencerse que un dogma, es una verdad absoluta, es lo que opina de los filósofos, algunos más que perseguir la verdad, persiguen tener la última razón.

Sobre todo, se plantea que el objetivo de los libros debería ser el desarrollo del juicio, no la simple adquisición de erudición. Según Montaigne, el propósito del conocimiento no es solo el cultivo de la voluntad y la sabiduría. Este critica a los intelectuales que, en lugar de abrazar la práctica, se aferran solo a la etimología. “Sabemos declinar «virtud», aunque no sepamos amarla; ignoramos qué es la prudencia de hecho y por experiencia, pero lo sabemos por jerga y de memoria” (Ensayos II, 17, p. 996). Esta es una clara crítica a la filosofía sistemática y académica, pues a menudo olvida que la vida real y la experiencia generan mejores juicios que la teoría basada en palabras y letras.

Para concluir su ensayo, Montaigne retoma su idea principal: el filósofo que se encierra en los libros y se pierde en teorías es menos filósofo que aquel que vive la filosofía en la práctica, en contacto con el campo y con el pueblo. Como lo menciona en el ensayo: “Las costumbres y las palabras de los campesinos me parecen en general más ajustadas a la prescripción de la verdadera filosofía que las de nuestros filósofos” (Ensayos II, 17, p. 997), el vulgo es más sabio en cierto sentido, pues solo conoce aquello que realmente desea saber. No siente la necesidad de presumir de su sabiduría ni de acumular conocimientos innecesarios motivado por el ego, sino que aprende lo que le resulta útil para su vida y su oficio.

En segundo lugar, como se menciona en el ensayo tratado anteriormente, en la filosofía montaigneana es imprescindible que la verdad este cimentada en todos los oficios de la vida. Tal es el caso de *Los mentirosos* (Ensayos I, 9), ensayo donde se plantea “A nadie le cuadra menos ponerse a hablar sobre la memoria” (Ensayos I, 9, p. 45). Montaigne, reconoce la debilidad de su memoria. Asimismo, su mala memoria le acarrea acusaciones de ingratitud y descuido, pues, olvida promesas y encargos. De esta manera, el tema de la verdad está relacionado con su concepto de filosofía en el momento en que aclara que la filosofía no es cuestión de dogmas inamovibles, ni una repetición de lo aprendido, más bien, es un ejercicio constante de búsqueda de la verdad. La mentira es inestable y múltiple, por ello, impide el desarrollo de un juicio auténtico.

Sin embargo, Montaigne tiene consuelo por su carencia de memoria en dos razones principales. En primera instancia, su mala memoria ha limitado su ambición, un defecto que pudo atraparlo en las intrigas del mundo. Esta debilidad de no poseer una memoria duradera lo

obliga a usar su ingenio y juicio, puesto que no puede depender de la memoria de otros para formarse opiniones propias. En segundo lugar, olvida con absurda facilidad las ofensas recibidas. También, los lugares y libros que revisita, le parecen novedosos y agradables.

Por otra parte, se hace la relación entre la mentira y la memoria, pues, si no se tiene una memoria segura, cabe prevenir la mentira, en lugar de confiar en falsas certezas “si alguien no siente su memoria lo bastante firme, no debe meterse a mentiroso” (Ensayos I, 9, p. 48) es decir, es la mentira un vicio, una maldición. La falta de memoria Montaigne, la convierte en una ventaja porque está obligado a depender de su juicio en vez de guiarse por la repetición de información. Esto conecta con su idea central de que la filosofía no consiste en memorizar textos, sino en aprender a razonar y aplicar el conocimiento en la vida.

Por ende, la mentira y la verdad son opuestas; la verdad es única y clara, mientras que la mentira tiene innumerables formas y es difícilmente manejable. Aquellos que mienten deben recordar sus mentiras, tener una memoria firme para no contradecirse, lo que es una tarea ardua e insostenible. Con frecuencia, los mentirosos caen en contradicciones. Sobre todo, cuando intentan comunicar sus discursos a diferentes audiencias. Como se plantea en el capítulo “Si la mentira tuviera, como la verdad, un único rostro, nos llevaríamos mejor. Porque daríamos por cierto lo contrario de lo que dijera el mentiroso. Pero el reverso de la verdad posee cien mil figuras y un campo indefinido” (Ensayos I, 9, p. 50).

Montaigne reitera la comparación entre la verdad y la mentira, según él, la verdad tiene un único rostro, mientras que la mentira puede tener caras infinitas. Si tuviesen esta característica en común, sería mucho más sencillo reconocer la mentira, puesto que, al igual que la verdad sería una única cosa. Por ende, lo que no fuese cierto, pasaría a ser una mentira más. No obstante, no es común identificar la mentira.

Esta comparación, es a su vez una distinción entre la experiencia y el juicio, ante únicamente el conocimiento libresco, mientras que, la verdad se encuentra en la vida misma y en la capacidad de interacción de cada individuo, es decir en la práctica, la mentira se esconde en innumerables ocasiones en discursos prefabricados y palabrería.

El libro de Ann Hartle *Montaigne and the Origins of Modern Philosophy* (2013), es un rescate a la filosofía de Montaigne considerado el primer filósofo de la Edad Moderna por la misma autora. Tal como afirma Montaigne a través de sus ensayos, el filósofo es aquel que crea su propia mente en un mundo que se sabe de opiniones. Se comienza por el pensamiento de Montaigne que según Hartle es único frente a la opinión heredada. Sin embargo, se reconoce a un Montaigne que usa a lo largo de sus ensayos la duda para identificar la verdad, esta es reconocer la mentira, aquello que es generado por la mente y no una copia de las cosas. A diferencia de las opiniones poco auténticas que son peligrosas en la medida en que se mezcla la verdad y la mentira.

Montaigne, narra anécdotas sobre la mentira para ejemplificar su postura de que es un vicio que debe ser erradicado, siempre que se admite la mentira, no hay escapatoria para las consecuencias que la identificación de esta amerita. Finalmente, Montaigne concluye que la mentira es un vicio extremadamente perjudicial que debería combatirse desde la infancia. No solo corrompe la ética y la sociabilidad, sino también, corrompe el lenguaje. El lenguaje es la unión de los seres humanos, con la mentira se mancha, debe preferirse el silencio en lugar de ensuciar una lengua. Una vez la mentira es arraigada, es difícil de corregir. En el peor de los casos, se considera una compañía sincera y conocida, por más defectuosa que sea, es preferible la incertidumbre a la falsedad de la mentira.

En definitiva, Michel de Montaigne, en su ensayo *Los mentirosos*, critica profundamente la mentira, no solo el acto de mentir, sino también el hábito de hacerlo. Montaigne argumenta que la mentira debe erradicarse desde la niñez para evitar que se transforme en una costumbre. La mentira es el extremo opuesto a la verdad, algo que puede parecer obvio, pero Montaigne lo explica desde la incertidumbre que genera el mentir, con sus innumerables formas que son incontenibles. En contraste, la verdad, puede sostenerse por sí misma, necesita solo una cara y una memoria poco sobresaliente, puesto que es un conocimiento que se posee y entiende, en lugar de la mentira, que debe memorizarse.

En tercer lugar, el ensayo de Michel de Montaigne *La formación de los hijos* (Ensayos I, 25) presenta una crítica breve a la propiedad intelectual: “por medio de invenciones antiguas recogidas aquí y allá, es en primer lugar, en quienes pretenden esconderlas y apropiárselas, una

injusticia y una cobardía” (Ensayos I, 25, p. 186). El conocimiento implica cuestiones éticas en relación con la apropiación de opiniones y reflexiones ya expresadas por otros. Sin embargo, el ensayo no es un alegato sobre la copia de ideas ajenas, en su lugar, más allá de ser solo un tratado pedagógico sobre la educación de los niños, es una crítica a la enseñanza tradicional de la filosofía y de todas las ciencias. A la par, se explica como la educación no consiste en acumular conocimientos, sino en formar un juicio crítico y un alma fuerte para enfrentar la vida. Montaigne determina en qué consiste la filosofía y cuál es su función vital en los hombres.

Una de las enseñanzas que Montaigne dicta es que se debe buscar el conocimiento propio, puesto que las enseñanzas de otros solo representan al individuo que las piensa y las aprende a través de la experiencia del mundo. Montaigne establece qué es el saber, para ello se apoya en Séneca, quien plantea que el saber no es solo memorizar, sino comprender y aplicar el conocimiento sin necesidad de recurrir a una fuente. Para Montaigne, el conocimiento consiste en aprovechar el entendimiento en su máximo esplendor, pues es este el que guía todas las decisiones del sujeto. Por ello, más que enseñar a los hijos -o a los seres humanos en general- sobre libros, letras y teorías, lo esencial es aprender a utilizar el entendimiento. Aunque esta enseñanza parece dirigida a los hijos, en realidad Montaigne demuestra cómo debe ser la filosofía.

Montaigne en este ensayo, defiende las relaciones humanas y la expansión de la cultura, pues al confrontar ideas con las de otros, es cuando realmente se aprende. Para él, la experiencia es lo que da forma a la filosofía. Aunque en muchas ocasiones parece despreciar la teoría, en realidad lo que rechaza es la teoría por teoría, no aquella que se aplica a la vida.

El ensayo sigue un propósito claro: cómo deberían ser criados los niños y bajo qué premisas deben obedecer. Por ejemplo, el cambio de opinión en medio de una disputa o debate, en donde se reconoce un error no es signo de debilidad, sino de fortaleza y de un alma elevada. Entre líneas en estas enseñanzas a los infantes, se puede percibir una reflexión más profunda sobre cómo debería ser la filosofía: no solo como una disciplina académica, más bien como un modo de vida que conserve su esencia práctica y humana.

Montaigne retoma, al mencionar a Sócrates y su idea de ser un ciudadano del mundo, la importancia de desarrollar un buen juicio y un entendimiento amplio. Para ello, sostiene que es necesario conocer más allá de lo inmediato, alejarse de ver únicamente lo que se tiene en frente, esto se logra con la exploración del mundo, “el juicio humano extrae una maravillosa claridad de la frecuentación del mundo” (Ensayos I, 25, p. 201).

Dado que existen muchos hombres sabios y admirables de quienes se puede aprender, no debe temerse el encuentro con nuevas ideas y perspectivas. Montaigne sugiere que las acciones humanas contienen más sabiduría que la filosofía escrita en los libros.

“Es una gran simpleza enseñar a nuestros hijos la ciencia de los astros y el movimiento de la octava esfera, antes que los suyos propios (Ensayos I, 25, p. 205). Respecto a la formación de los hijos, Montaigne considera un error enseñarles sobre todo lo demás antes de enseñarles sobre sí mismos, solo después de haber aprendido a ser más sabios y mejores, se debe introducir el conocimiento de otras disciplinas “tras enseñarle lo que sirve para volverlo más sabio y mejor, le hablaremos de qué es la lógica, la física, la geometría, la retórica; y, con el juicio ya formado, dominará enseguida la ciencia que elija” (Ensayos I, 25, p. 205).

Ahora bien, Kastner en su artículo *La filosofía de Montaigne* (1902) deja claro el objetivo que tiene Montaigne con estos ensayos que como bien se ha dicho, son escritos para él mismo. Este propósito no es otro que el conocimiento de sí mismo y, por ende, el conocimiento de la naturaleza humana. A lo largo de sus ensayos, el filósofo francés precisa que, él es un caso alejado de ser extraordinario, por el contrario, escribe para la gente común, tan promedio como lo es él. Montaigne evita parafernalias con determinación al mostrarse transparente, de esta forma, ver a Montaigne es un reflejo del hombre.

En palabras de Kastner (1902) “A primera vista parecería, viendo que ningún otro escritor nos ha hablado tanto de sí mismo como el autor del Ensayo” (p. 2), esto se reduce a mostrar que Montaigne se presenta como un humano ordinario en el que la mayoría de los hombres pueden reconocerse. Según Kastner los primeros ensayos de Montaigne, son una clara demostración de cómo se puede hablar en primera persona, a través de las experiencias, las vivencias y escribir sobre el propio individuo y al mismo tiempo, encontrar tintes de toda

la humanidad. Por esta transparencia, casi confesional, que caracteriza a Montaigne, este se convierte en objeto de críticas y repugna del lector moderno.

Lo que hace Montaigne en el ensayo *La formación de los hijos* (Ensayos I, 25), es en esencia, redefinir la filosofía y denunciar cómo, a lo largo de los siglos, ha perdido su propósito original, y se ha mantenido inaccesible. Por esta razón, cuando se habla de filosofía, parece impensable enseñarla a los niños. Sin embargo, Montaigne sostiene que la filosofía trae gozo a quien con tenacidad la lee, por ello, enseñarla desde la niñez es crucial para el desarrollo de un adulto fuerte y un niño vigoroso, en este punto, Montaigne dictamina una oda a la filosofía, en la medida en que agradece las herramientas que esta brinda para arrojarse al mundo, pues la filosofía es una guía para la vida.

La filosofía para Michel de Montaigne, es el camino hacia una vida plena y una actitud digna frente a la pérdida. Ya que, enseñar a disfrutar los placeres, tanto como otorga el dominio sobre ellos, la filosofía evita que el individuo se convierta en su esclavo. Por tanto, tiene como garantía el equilibrio que fortalece la libertad y conocimiento personal. Tal como la siguiente cita evidencia:

Es la madre nutricia de los placeres humanos. Volviéndolos justos, los vuelve firmes y puros. Moderándolos, los mantiene en vilo y apetitosos. Recortando los que rechaza, nos aguza para aquellos que nos deja; y nos deja abundantemente todos los que quiere la naturaleza, y hasta la saciedad, si no hasta el hartazgo, maternalmente [...]. Sabe ser rica y poderosa y docta, y yacer en colchones almizclados. Ama la vida, ama la belleza, la gloria y la salud. Pero su tarea propia y particular es saber usar esos bienes de manera mesurada, y saberlos perder con entereza. (Ensayos I, 25, p. 209)

De esta forma, Montaigne encuentra en el uso del juicio, lo más cercano a la filosofía práctica. Sin embargo, manifiesta que la filosofía tiene que ser más que una colección de conocimientos, sino una actividad vital que nutra el juicio y la costumbre. Por esta razón, en la formación de los hijos, Montaigne considera primordial la filosofía, al encontrar en esta misma, movimiento. El movimiento en la filosofía Montaigneana, no es otra cosa que amor a la vida y

una recuperación de los filósofos antiguos, alejada de las palabras y de la verdad encontrada como teoría o discurso.

De acuerdo con Llinas Begon en su artículo *Modernidad y actualidad de Montaigne* (2005), los ensayos son un ejercicio del yo que funciona como una actividad descriptiva, en cada capítulo de los ensayos se encuentra una parte de Montaigne, un autoanálisis que funciona como un registro quehaceres, por ello, son tildados de poco contundentes, sin embargo, los ensayos son un monólogo de Montaigne sobre su propia experiencia al escribirlos.

En este ensayo, al igual que en muchos otros, Montaigne critica la forma en que la filosofía llega tarde a las experiencias de la vida. Resalta la necesidad de hacer filosofía no solo sobre cuestiones elevadas, sino también sobre el nacimiento, la muerte y la enfermedad. Filosofía en los aspectos más básicos y profundos de la existencia. Para alcanzar este equilibrio, Montaigne clama por un balance entre la filosofía de los libros y la vida misma. No basta con ser sabio en teoría; hay que saber aplicar la filosofía a las relaciones humanas. De nada sirve el conocimiento si, al interactuar con los otros, se carece de sentido y se es ajeno a la realidad como también a la humanidad.

En cuarto lugar, el ensayo de Michel de Montaigne *Que filosofar es aprender a morir* (Ensayos I, 19), Montaigne introduce el tema de la muerte por primera vez en este ensayo, al usar el ejemplo de un músico que no sufrió la mayor parte de su vida, exento de pobreza, enfermedad, etc. Sin embargo, llega un punto crítico e inesperado en su vida en el que la muerte se ve como una salida para cesar el dolor y el sufrimiento. No obstante, Montaigne señala que la muerte es mal vista si se considera como una salvación o escape, ya que es un destino seguro: “Todos nos vemos obligados a llegar allí” (Ensayos I, 19, p. 86).

A primera vista, este ensayo aborda el miedo a la muerte, pero va más allá. Montaigne menciona que la muerte es un punto de llegada, una meta tan temida que la gente común opta por ignorar. Esta deliberada ignorancia le desagrada, puesto que el miedo a la muerte es un tema que le preocupa. Montaigne establece un diálogo consigo mismo, al afirmar que la muerte, a sus 39 años, lo despierta. Es decir, no hay que ignorarla; al contrario, hablar y pensar en ella es una forma de prepararse para su llegada. “En medio de las fiestas y de la alegría, repitamos siempre

el estribillo del recuerdo de nuestra condición, y no dejemos que el placer nos arrastre hasta el punto de que no nos venga a la memoria” (Ensayos I, 19, p. 92). Acorde con el comienzo del ensayo, Montaigne solicita recordar la muerte, exponerse a ella no solo en momentos de extrema reflexión y razón, sino también en instantes placenteros y momentos hedónicos.

También, se plantea como el fin de la vida funciona como una guía para el disfrute de la mortalidad “La premeditación de la muerte es premeditación de la libertad” (Ensayos I, 19, p. 93). La vida y la ausencia de esta no son una calamidad; quien aprendió a vivir debe estar también obligado a aprender a morir. La muerte libera; la sujeción de esta salva. Sin embargo, si la muerte es inesperada, puede acortar un momento de victoria: la crianza de los hijos, un cargo importante, etc. Lo más sensato, como ya se ha dicho, es tener la muerte en la imaginación y también, aprenderla en la palabra. ¿Por qué debe temerse a algo que, cuando llega, ya no está? ¿Por qué temer a algo que se vive una vez y es muy corto? Desde el primer respiro se da el origen de la muerte; cuando se nace, se puede morir o vivir. Se termina en igualdad de condiciones al llegar al mundo.

Montaigne, en su ensayo, ofrece un consuelo frente a la muerte. Sin embargo, este ensayo es mucho más que una simple reflexión sobre el final de la vida. Montaigne incita a quien lo lee a confrontar sus temores más profundos a través de la contemplación que provoca la lectura de su texto. En esencia, su filosofía es vitalista y se centra, tanto como en el valor de la vida como el origen de la muerte.

Para Montaigne, la muerte puede ser un descanso en algunas situaciones y una interrupción en otras, teniendo un significado distinto para cada individuo. Aunque todos experimentan la muerte, él la presenta como un destino inevitable, un punto de partida hacia el cual todos se dirigen. La vida y la muerte están intrínsecamente vinculadas; el inicio de la vida lleva implícito el origen de la muerte. La muerte es una condición idéntica al deseo de vivir y filosofar.

Montaigne rechaza la idea de la filosofía como un ejercicio puramente teórico, en el ensayo presentado sobre el deseo de vivir y cómo este va implícitamente relacionado con el destino seguro que es la muerte, se retrata la filosofía como un ejercicio que sirve de preparación para rumiar acerca de una cotidianidad que atañe a todos, sin excepción. De esta manera, Montaigne

busca un punto común entre escribir (teoría) y vivir (práctica), es la muerte un ejemplo de cómo realiza filosofía viva.

Si bien Montaigne busca con su discurso sobrellevar el miedo a la muerte de sus lectores, por medio de su experiencia a tenerla presente, tanto en la imaginación como verbalmente, el autor no lo percibe como una obsesión morbosa, sino un ejercicio de libertad: aceptar la muerte permite vivir sin angustia, es decir, la visión de Montaigne sobre la muerte no es un tema filosófico abstracto que se quede en artilugios escritos, sino un ejemplo de su máxima: la filosofía debe ayudar a vivir mejor y comprender la condición humana. Esto refuerza su rechazo al intelectualismo vacío y su apuesta por una filosofía útil y encarnada en la vida.

En último lugar, se trae a colación *La vanidad* (Ensayos III, 9), Michel de Montaigne en donde reflexiona sobre la fragilidad de la existencia, la inutilidad de ciertas ambiciones humanas. Montaigne comienza el texto sobre la vanidad al reconocer la contradicción inherente en escribir sobre ella: "Acaso no exista otra más clara que escribir sobre ella tan vanamente" (Ensayos III, 9, p. 1409), este reconocimiento irónico traza la naturaleza paradójica de la condición humana, donde incluso los intentos de trascender la vanidad están impregnados de ella. Para Montaigne, la vanidad no es solo un defecto, sino una característica intrínseca de la humanidad, que impulsa tanto las aspiraciones como también las frustraciones. De ese modo, realiza una crítica directa al proceso de escritura que se ha llevado a lo largo de la historia, cuando comenta: "Los escritoruelos parecen ser el síntoma de un siglo desenfrenado. ¿Cuándo hemos escrito tanto como desde que sufrimos estos tumultos? ¿cuándo escribieron tanto los romanos como en el momento de su ruina?" (Ensayos III, 9, p. 1410).

En este contexto, Montaigne critica la proliferación de escritos inútiles en épocas de crisis, al señalar que, en tiempos de desorden, la producción literaria puede convertirse en un refugio o en una forma de evasión, más que en un medio para alcanzar la verdad o la sabiduría. Además, Montaigne se burla de la obsesión humana por registrar todo, pues compara sus propios escritos con "los excrementos de un viejo espíritu, a veces duros, a veces blandos, y siempre" (Ensayos III, 9, p. 1409), una metáfora que refleja su autocrítica y su ironía característica.

Asimismo, Montaigne muestra una clara coherencia al lector al repetir cuestiones propias que se conocen de ensayos anteriores, como es el caso de su carencia de buena memoria. “Mi memoria empeora cruelmente todos los días” (Ensayos III, 9, p. 1434). Allí Montaigne argumenta sobre la fragilidad de la memoria, que se deteriora con el tiempo. Para él, la memoria no es un archivo confiable, por ello, los sujetos se ven obligados a vivir en una constante remembranza de cuestiones aparentes.

Uno de los temas centrales en Montaigne es la idea de la vida como un flujo continuo y cambiante. Afirma: “¿Y cuándo acabaré de representar la continua agitación y mutación de mis pensamientos? La vida no es más que un movimiento perpetuo, un fluido que no se detiene, y mis ideas no son más que reflejos de esa inestabilidad.” (Ensayos III, 9, p. 1409). En este fragmento, Montaigne presenta la existencia como un proceso dinámico, donde los pensamientos y las emociones están en constante transformación. Para él, intentar fijar la vida en conceptos rígidos es una tarea inútil, ya que la vida es mutable. Esta perspectiva se refleja también en su actitud hacia la escritura. Es por ello que no pretende alcanzar verdades absolutas, sino compartir sus pensamientos y debates tal como surgen, con todas sus contradicciones e incertidumbres, incluso parece confrontarse en sus relatos.

Montaigne en el tercer volumen de sus ensayos afirma: “No soy filósofo” (Ensayos III, 9, p. 1416), esto no es otra cosa que un argumento que rectifica la humildad del ensayista, gracias a que este niega hacer filosofía, de modo que renuncia a la ambición de querer perseguir una verdad absoluta y propia, pues es una muestra de simpleza y autenticidad frente al movimiento filosófico en contraste con la teatralidad de la escritura. Tal como lo plantea en su libro *Montaigne y la filosofía* (2009) Comte-Sponville dice no contradecir a Montaigne, sino demostrar a aquellos que niegan a Montaigne como filósofo, que Montaigne se aleja del polvo de la erudición para hacer filosofía, que según Comte-Sponville es “movimiento del pensamiento vivo” (Comte-Sponville, 2009, p. 15).

Aunque Montaigne no se considere filósofo no es por un recuse de la filosofía teórica, es más bien absolutamente práctico, su distancia con la filosofía es humildad, pues Montaigne se reconoce a sí mismo como poco sabio en comparación a filósofos como Sócrates y Zenón. La

filosofía de Montaigne es sabiduría para la gente ordinaria y es escrita de forma accesible para rústicos comunes.

De la misma manera, Montaigne afirma que la filosofía solo se puede hacer sobre las cosas, no hay filosofía pura, sino filosofía acerca de algo. Según Comte-Sponville, Montaigne en sus ensayos muestra un remilgo claro hacia Aristóteles, pues su filosofía es para el dogmatismo. Mientras que, Montaigne no pertenece al aristotelismo, ni a ninguna escuela, porque no desea pertenecer a una. También Montaigne hace una crítica a las filosofías que buscan no ser entendidas, filosofías oscuras hechas desde la vanidad para otras vanidades.

Comte-Sponville relaciona la postura montaigneana sobre hacer filosofía para conocerse, por medio de que, recuerda el significado etimológico de la palabra -amor a la sabiduría- porque, para Montaigne la filosofía es: “Ante todo, el amor, la búsqueda o el aprendizaje de la sabiduría que no se puede confundir con la ciencia” (Comte-Sponville, 2009, Pp. 49-50). Puede hacerse filosofía acerca de cualquier cosa, lo que es imposible es hacer filosofía sin objeto. Comte-Sponville recuerda que la filosofía no comprende hacerse indiferente al saber ni a sus límites, sin embargo, a pesar de ser tan amplia, se hace personal acorde a las experiencias de cada sujeto, porque la filosofía forma el juicio y el juicio forma la vida.

Montaigne acepta que su arte casi confesionario al escribir los ensayos es porque no quiere que haya debates sobre él cuando esté muerto. Pues todo lo que debe saber sobre él ya lo ha escrito él desde sí mismo y en sus ensayos “hago anotar aquí mis inclinaciones y afectos; Pero con más libertad y demás buena gana lo hago por mi boca a cualquiera que desea informarse sobre ello” (ensayos III, 9, p. 1465). En este punto Montaigne muestra una admiración profunda por la filosofía a través de su ensayo critica la vanidad del filósofo, pero al mismo tiempo entiende la necesidad de esta, puesto que sin esta vanidad no habría sabiduría, cómo bien entiende las ideas vanas, han salido grandes verdades. Sin embargo, no duda en ser coherente consigo mismo y avanza en la crítica de una filosofía excluyente hecha para solamente estudiosos: ¿Para qué sirven esas elevadas cimas de la filosofía en las cuales ningún ser humano puede sentarse, y esas reglas que excede nuestra práctica y fuerza? (Ensayos III, 9, p. 1474). Montaigne critica sobremanera la viciosa pretensión en la medida en que, los eventos colmados

de este tipo de teatralidad que se piensa superior con extravagantes proyectos, prefiere evitarlos a toda costa.

Por lo tanto, la selección de ensayos aquí analizados aprecia la concepción filosófica de Montaigne. Si bien su obra abarca una amplia variedad de temas filosóficos, en estos ensayos escogidos se evidencia su idea de la filosofía como un ejercicio práctico, inseparable de la vida misma. Montaigne no solo propone lecciones sobre cómo hacer filosofía, sino que muestra una filosofía que trasciende el ámbito académico y se integra en todos los espacios de la existencia.

Para Montaigne, la filosofía nace del diálogo entre los hombres y no debe limitarse a cuestiones abstractas. La dicotomía entre teoría y práctica resulta artificial si no se comprende que la filosofía debe experimentarse y vivirse. De allí, a que los filósofos sean concebidos como ejemplos de vida, pues presentan con su existencia la aplicación concreta de sus ideas. En este sentido, Montaigne no media por una separación entre teoría y praxis, sino por su integración. Montaigne demuestra que la filosofía se manifiesta en la cotidianidad de manera accesible.

Por esta razón, lejos de ser un ejercicio distante o reservado a la erudición, la filosofía está al alcance de todos. Montaigne expresa una oposición al academicismo rígido, pero no pretende enseñar a filosofar en términos tradicionales, sino hacer pensar de manera autónoma, por ello establece un método que es válido en sí mismo. Como consecuencia, el filósofo no es una figura aislada de la realidad. En este sentido, Montaigne puede considerarse un pensador adelantado a su tiempo. Su crítica a la filosofía académica precede a su consolidación en la modernidad y la Ilustración, lo que lo sitúa como un precursor de una filosofía más cercana al ser humano y a sus preocupaciones diarias. Su obra reconcilia la filosofía con la vida.

Tabla de ensayos Primer Capítulo

La presente tabla organiza los ensayos seleccionados para este capítulo. Cada uno ha sido elegido por su relevancia en la construcción del pensamiento filosófico de Montaigne y funciona como una guía que permite ubicar los ejes temáticos centrales abordados en cada ensayo y su vínculo con la filosofía como ejercicio vital.

Ensayo	Núm.	Eje temático principal	La filosofía en Michel de Montaigne
<i>La presunción</i>	II, 17	Límite del conocimiento y autoconciencia	La vivencia de la filosofía. Introduce la humildad como actitud filosófica.
<i>Los mentirosos</i>	I, 9	Verdad y lenguaje	La verdad como fundamento vital y como base del ejercicio filosófico.
<i>La formación de los hijos</i>	I, 25	Educación filosófica	La educación centrada en el juicio propio, no en la memorización.
<i>Que filosofar es aprender a morir</i>	I, 19	Filosofía y finitud	El saber filosófico vinculado con el aprendizaje existencial. Morir como ejercicio de sabiduría.
<i>La vanidad</i>	III, 9	Crítica social y autenticidad	La superficialidad social cuestionada y reivindica una filosofía anclada en lo humano, no en ideales inalcanzables.

Segundo Capítulo: La crítica de Montaigne a la filosofía

“El hombre es la mirada creadora que lanza la naturaleza sobre sí misma”. (Schlegel, 2011, p. 91)

Definición de filosofía académica y sistemática

Antes de abordar la crítica que Montaigne dirige al conocimiento puramente académico, es necesario examinar la definición de filosofía académica y filosofía sistemática. Aunque, en ocasiones parece que ambas son la misma cosa, no lo son. Este capítulo narra cómo Montaigne se distancia de estas formas de filosofar y las critica. En la historia de la filosofía, se han evidenciado distintas clasificaciones de filosofía. No obstante, este capítulo se centra en la filosofía académica y cómo hay atisbos de una crítica a la filosofía sistemática.

En primera estancia, la filosofía sistemática se define como un intento de hacer un planteamiento ordenado y completo. De esta forma se presenta en el artículo de Alvargonzález (2020):

tal como ha sido ejercitada a lo largo de su historia, puede entenderse como un método que implica proceder de la manera más exhaustiva posible, analizando y criticando detenidamente todas las opciones filosóficas, todas las posibilidades y todas las teorías. (p. 441)

Esta definición de filosofía sistemática, no es otra cosa que un deseo de la filosofía por convertirse en la única forma de filosofar. Sin duda alguna, esta definición es heredada de la tradición del filósofo alemán Cristian Wolf, quien presenta que la filosofía debe seguir el modelo de las ciencias racionales “el desarrollo de la primera expresión de su sistema le habría permitido acabar de ordenar y matizar sus ideas con respecto al método y estructura de la filosofía” (Sales, 2022, p. 74). Es un intento de la filosofía por evidenciar y deducir argumentos. A pesar de los intentos de hacer de la filosofía una ciencia, no se ha establecido una verdad universal que se sostenga al pasar de los siglos y las formas en las que se puede conocer. Si bien, la sistematicidad filosófica viene desde autores griegos como Aristóteles. Su mayor auge se alcanza en la modernidad.

En este punto es importante evitar un anacronismo. Si bien la filosofía sistemática alcanzó gran desarrollo en la modernidad con autores como Christian Wolff, el rechazo de Montaigne se dirige a los sistemas filosóficos heredados de la tradición escolástica y humanista de su tiempo, especialmente aquellas corrientes que intentaban interpretar la naturaleza y la revelación bajo un único método. Se habla de Wolff, gracias a su clasificación de las ciencias (1728), a pesar de ser posterior a Montaigne, puesto que, la noción de filosofía sistemática es de su autoría, se referencia para enlistar sistematicidad y así, lograr un contraste frente a la propuesta de Montaigne.

Mientras que, Montaigne se aleja de este prototipo de filosofía sistemática, no obstante, como se ha dicho en el presente texto, Montaigne a pesar de no hacer parte de este tipo de filosofía, hace uso de una literacidad al momento de escribir, por medio del juicio y el ensayarse así mismo. En contraste con la filosofía de sistema, rígida y propuesta para unificar. Montaigne en los ensayos seleccionados hace una crítica a esta manera de filosofar, puesto que tiene la audacia de hacer únicamente válida su forma de realizar filosofía. Por otro lado, la filosofía académica puede entenderse como un conjunto de discursos y prácticas filosóficas que tienen lugar en instituciones, en efecto, se desarrollan dentro de espacios formales como universidades y academias.

Por el contrario, Montaigne sostiene que existen diversas formas de conocer y se enfatiza en una filosofía cercana al mundo y a conocer la realidad con saberes humildes. No hay una única forma de hacer filosofía. En voz de Alvargonzález (2020):

Es muy importante subrayar que no existe “la” filosofía en singular, sino que lo que existe es una multiplicidad de filosofías heterogéneas, enfrentadas unas con otras e incluso incompatibles entre sí. Esto es así si entendemos la filosofía en sentido amplio como concepción del mundo, ya que cada cultura tiene su propia *Weltanschauung* particular. (Alvargonzález, 2020, p. 435)

Acorde a lo que Montaigne defiende en el transcurso de su obra, puesto que, no existe una forma correcta de hacer filosofía. En los ensayos, se encuentra un claro ejemplo de cómo se realiza un quehacer filosófico alejado de la filosofía tradicional. Los ensayos no intentan ser una

ciencia, ni marcar un único camino, puesto que, como lo plantea Montaigne, su propósito es hacer pensar e incitar al lector para que use su método propio frente a sus propias reflexiones.

Lo que hace Montaigne no es desmeritar la ciencia, ni la academia, su razón es abogar por la diversidad filosófica y el valor de la acción que no debe olvidarse por encima del saber teórico. El papel de la ciencia en el siglo XVI, es marcado por una serie de acontecimientos importantes que son cruciales para entender la perspectiva del autor.

Para comprender la necesidad de Montaigne por defender el saber rústico, en lugar de la ciencia, es relevante presentar la ciencia en la Edad Media. Umberto Eco, aborda en su libro *La Edad Media, I: Bárbaros, cristianos y musulmanes* (2016):

La Edad Media no rechazó la ciencia de la Antigüedad. Una interpretación que encuentra sus raíces en las polémicas positivistas del siglo XIX pretende que la Edad Media desdeñó todos los descubrimientos científicos de la Antigüedad clásica para no contradecir el sentido literal de las Sagradas Escrituras. (Eco, *et al.*, p. 25)

Eco afirma en su primer tomo, que no hubo un rechazo a la ciencia precedida a la Edad Media como en ocasiones se piensa, se valoran saberes antiguos griegos como los de Platón y Galeno, el rechazo a la ciencia moderna como única forma de hacer ciencia es evidente en su texto. Esto demuestra, la afición de la modernidad por aceptar solo su forma particular de realizar estudios.

Por otra parte, la filosofía académica, es aquella que tiene un conjunto de rigores metodológicos sometidos a constante revisión, si bien, Montaigne parece rechazar en variedad de ocasiones (como se muestra en las siguientes páginas), su crítica está centrada la filosofía que convierte inaccesible al público. No obstante, Montaigne no desestima la búsqueda de conocimiento, ya sea de forma ordinaria o a través de libros y párrafos. En lugar de esto, lo que el autor de los ensayos sugiere en su texto es que tanto la filosofía como los demás saberes deben estudiarse tanto en páginas y debates intelectuales, como en el día y sus comunes situaciones. Asimismo, plantea Alvargonzález (2020):

En un sentido positivo, la tarea de la filosofía académica es la de orientarnos en el presente ante multitud de problemas y de retos ineludibles que requieren una respuesta racional en tiempo real, una respuesta que necesita un análisis filosófico (en la tradición de la filosofía académica). (p. 440)

En este sentido, la filosofía académica para Montaigne no es otra cosa que, un baúl de saberes inaplicables en la vida cotidiana, donde aquel que alardea acerca de poseerlos, incurre en el ego intelectual, puesto que, si acaban los libros y las citas al pie de página, no existirían algunos de tantos sabios.

Tal es el caso de -saber más- y -saber mejor-, el primer término refiere a la acumulación de conocimientos, datos y citas, con ello, llenar la memoria. Mientras que, el segundo término corresponde a la transformación del juicio y de la vida. No se trata de cuánto se sabe, ni de alardear. Más bien, se usa el saber cómo guía para actuar con sensatez y humanidad.

Nos preguntamos de buena gana: «¿Sabe griego o latín?, ¿escribe en verso o en prosa?». Pero lo principal es si se ha vuelto mejor o más sensato, y eso es lo que se olvida. Habría que preguntar quién sabe mejor, no quién sabe más. Nos esforzamos sólo en llenar la memoria, y dejamos el entendimiento y la conciencia vacíos. (Ensayo I, 24, p. 169)

De este modo, para profundizar en la crítica de Montaigne a la filosofía, en el presente segundo capítulo se propone un nuevo orden conceptual en los ensayos seleccionados. El objetivo es comentar tanto su juicio sobre la filosofía y cómo su análisis de esta. En los ensayos presentados, se demuestra cómo Montaigne comenta alrededor de la filosofía y sobre los filósofos, pues el eje central de pensamiento radica en el planteamiento de una filosofía desde la virtud de la humildad, por ello, se aboga por una filosofía que incluya tanto eruditos (que valoren un saber propio y personal) como a hombres ordinarios, rústicos y básicos que ensayen una filosofía en su vida cotidiana, al margen de las academias y de los egos intelectuales. Por ende, Montaigne proyecta un saber surgido de la interioridad de cada individuo. Asimismo, se menciona en su obra:

Entre las artes liberales, empecemos por el arte que nos hace libres. Todas ellas sirven en verdad de alguna manera a la instrucción y práctica de nuestra vida, como le sirven también de alguna manera las demás cosas. Pero elijamos aquella que le sirve directa y expresamente. (Ensayos I, 25, p. 204)

En tal sentido, la selección y organización propuesta en este capítulo, establece un nuevo orden de los ensayos para evidenciar su crítica a la filosofía. Montaigne, en estos ensayos se pone de manifiesto una crítica crucial hacia la filosofía institucionalizada, dado que Montaigne

comulga una forma de filosofar libre, comprensible, que sea alcanzable para todos, incluso a las personas más simples y ordinarias.

Los Ensayos funcionan como una enumeración de las críticas que realiza el autor a una filosofía posterior, centrada en el formalismo, la erudición vacía y alejada de la experiencia vivida. A lo largo de este capítulo, se analizan en detalle los ensayos: *La pedantería* (Ensayos I, 24), *Los libros* (Ensayos II, 10), *La fisionomía* (Ensayos III, 22) y *La experiencia* (Ensayos III, 18), pues en estos textos yacen las bases esenciales de su cuestionamiento al pensamiento filosófico, se opta por estos ensayos, ya que, en ellos se encuentra cimentado significativamente en su tono directo, su crítica a la pedantería académica y su defensa de la virtud del juicio.

El ensayo por el que inicia este análisis es *La pedantería* (Ensayos I, 24), este es fundamental en la selección indicada, ya que en él Montaigne desenmascara la falsa sabiduría de quienes reducen el conocimiento a teorías y retórica académica, Asimismo, en *Los libros* (Ensayos II, 10), Montaigne rechaza la sabiduría académica como único sistema para conocer. Por otro lado, su visión sobre *La fisionomía* (Ensayos III, 22), hace una revalorización de la sabiduría natural y común, donde demuestra que el conocimiento rústico es útil y auténtico.

Finalmente, en *La experiencia* (Ensayos III, 18) se consolida una filosofía encarnada que reconoce la unidad entre alma y cuerpo, reivindica el conocimiento vital y denuncia el divorcio entre la filosofía académica y la existencia en sí misma. A través del estudio de estos ensayos, en este segundo capítulo se tiene como propósito demostrar los pilares de la crítica hacia la filosofía de Montaigne y un proyecto de pensamiento que se construye desde la vida y no desde el sistema.

Tabla de ensayos Segundo Capítulo

La siguiente tabla presenta los ensayos analizados en este capítulo, seleccionados por su aporte fundamental a la configuración del pensamiento filosófico montaigneano.

Ensayo	Núm.	Eje temático	Crítica a la filosofía en Michel de Montaigne
<i>La pedantería</i>	I, 24	Crítica a la erudición	Rechazo del saber reducido a la retórica y teoría académica; “Pero nosotros, ¿qué decimos nosotros mismos?, ¿qué hacemos?, ¿qué juzgamos?”.
<i>Los libros</i>	II, 10	Saber libresco y autonomía del pensamiento propio	Defensa del juicio propio y personal frente a la autoridad textual: “quiero discursos que den la primera carga en lo más recio de la cuestión; los suyos se arrastran por las ramas”.
<i>La fisionomía</i>	III, 22	Sabiduría natural y juicio corporal	Revalorización del conocimiento común. Unión entre cuerpo y mente como fuente de verdad: “De ellos extrae la naturaleza todos los días actos de firmeza y de resistencia más puros y más vigorosos que los que estudiamos con tanto esmero en la escuela”.
<i>La experiencia</i>	III, 18	Filosofía encarnada	Reivindicación del saber vivido. Crítica a la separación de la filosofía académica y la condición existencia humana: “Nada es tan hermoso y legítimo como hacer bien de hombre, y tal como es debido. Ni hay ciencia tan ardua como saber vivir bien”.

Crítica montaigneana a la filosofía

¿Hasta dónde se llegará aún con la filosofía de rueda impuesta o con huecos edificios de palabras, con retóricas que nada dicen o que con su verborrea oscurecen hasta las verdades más comunes y comprensibles?”.
(Schopenhauer, 2006 p. 175)

La pedantería (Ensayos I, 24), es una crítica clara a la teoría por la teoría. Montaigne se centra en demostrar que quien se considera sabio mediante frases adornadas, solo aprende de los libros y se dedica profundamente a la academia, no es un verdadero sabio. Para él, el verdadero sabio no es pedante y aprende según sus propias experiencias.

La primera mención directa a la filosofía y a los filósofos, aparece en “Y en cuanto a los filósofos...” (Ensayos I, 24, p. 167), donde Montaigne rescata cómo estos han sido remilgados a lo largo del tiempo. Montaigne desarrolla en el transcurso de toda su obra una crítica a la filosofía por su pedantería, es en esta sección donde comienza una crítica directa, a partir de la comparación entre los filósofos y el vulgo.

Se comienza este ensayo, en donde se aborda sobre la niñez y cómo, con la inocencia de un niño, ya se puede reconocer a un -pedante-. El pedante es repudiado tanto por la gente común, a quienes Montaigne llama -el vulgo-, como por la gente adinerada. Las personas que dicen tener una -erudición- elevada rara vez son capaces de sostenerla, pues Montaigne valora el saber que cada sujeto adquiere por sí mismo: “Sabemos decir: «Cicerón lo afirma así», «Este es el comportamiento de Platón», «Éstas son las palabras mismas de Aristóteles». Pero nosotros, ¿qué decimos nosotros mismos?, ¿qué hacemos?, ¿qué juzgamos? Un loro lo diría igual de bien” (Ensayos I, 24, p. 171). Conviene comentar que, si bien Cicerón, Plutarco y Séneca, son figuras recurrentes en la escritura de Montaigne, no es la naturaleza de este escrito hablar de la relación que tiene el ensayista con estos pensadores, de modo que, la pertinencia absoluta es demostrar la filosofía representada en sus ensayos.

Esto no es otra cosa que un remilgo de Montaigne acerca de los filósofos que adquieren su conocimiento exclusivo en la erudición y la academia. Alrededor de este ensayo, el autor plantea una crítica contundente a todo aquel estudio que se haga solamente en libros, tanto a la filosofía como cualquier saber descuidado al extremo que no desemboque en la experiencia.

La crítica de Montaigne no es a la acumulación de conocimientos en sí, sino al pedante que los usa para aparentar. Él valora el conocimiento que “ensancha el alma” (Ensayos I, 24, p. 167). Por ello, cuestiona a aquellos que guardan saberes que no pueden demostrar en la vida práctica, es por esto que, juzga la falta de acción en quienes no abordan el conocimiento y aprenden con honestidad. Un sabio es capaz de enseñar lo que sabe, mejorar como persona por lo que conoce y al mismo tiempo, instruir a los demás.

No obstante, a pesar de su constante evaluación a los filósofos “Aborrezco a los hombres débiles en la acción, filósofos en las palabras” (Ensayos I, 24, p. 168). También, se menciona cómo diversos filósofos asumen una postura crítica frente a la realeza. A pesar de ser reconocidos como hombres de letras, estos pensadores no se limitan al ámbito teórico, sino que también se presentan como hombres de acción. No obstante, en este capítulo se aborda cómo la filosofía intenta ser una ciencia rigurosa, en ciertos contextos, parece aspirar a asemejarse a ella en términos de metodología o pretensiones de objetividad.

En este sentido, afirma Piracoca Fajardo (2020):

Enmascara la vanidad de los detractores que juzgan las opiniones ajenas, según sus propias opiniones. Este juicio tiene su fundamento en que los detractores creen que sus opiniones son las correctas, por lo tanto, pueden imponerlas a los otros. También enmascara la vanidad de los detractores que se muestran como los poseedores de la verdad que tienen la potestad para descalificar todo tipo de discurso. (p. 21)

En este capítulo, Michel de Montaigne elabora una oda a la sabiduría humilde y a la apertura de la misma, aquel conocimiento libre de presunción, vinculado al saber más elemental y propiamente humano. El ensayista formula la acción práctica, encarnada en la figura del campesino, mientras desacredita la pedantería del docto, al equipararlo con las personas ordinarias. Semejante a ello, Patricio Henry (2000) escribe:

Aquí Montaigne desinfla el papel de la memoria en favor del del juicio, subraya la centralidad del diálogo y la importancia del aprendizaje de las lenguas de nuestros vecinos, y condena formalmente cualquier tipo de violencia en la educación de los niños. Enfatiza lo formativo sobre lo informativo, el aprendizaje a través de los libros en lugar de a partir de ellos, la importancia del autodescubrimiento y, sin mencionar nunca la religión o la teología, la práctica de la virtud. (p. 173)

Ahora bien, en esta monografía se especifica que Montaigne destaca la importancia de la memoria para el quehacer filosófico, también deja claro que esta no basta por sí sola. el verdadero sabio no se reduce a la mera acumulación de conocimiento; ser docto y digno excede el simple acto de llenar la memoria, tal como lo menciona: “Nos esforzamos sólo en llenar la memoria, y dejamos el entendimiento”. (Ensayos I, 24, p. 170)

Montaigne critica la forma convencional de saber y cuestiona si realmente se puede considerar conocimiento aquello que no surge de la reflexión personal. Para él, la filosofía no consiste en repetir afirmaciones de otros, sino en expresar ideas propias, sometidas a un examen interior. El saber es un proceso íntimo y personal, que no puede obtenerse de fuentes externas ni de conocimiento ajeno. En el libro *Las consolaciones de la filosofía* (2001), se dedica un apartado a Montaigne donde se habla de una -ineptitud intelectual-, donde se menciona la sabiduría, según Botton, escritor del libro mencionado. La sabiduría: “podía contribuir a la buena vida, con la que Montaigne refería a la vida feliz y gobernada por la moralidad” (p. 167). A diferencia de una colección de saberes (erudición), que poco o nada aportaban a la vida de los hombres.

Sin embargo, Montaigne no rechaza por completo el estudio de las ideas de otros pensadores, pues esto sería lo mismo que negar la filosofía. Lo que dicta es, más bien que las opiniones ajenas, las citas y referencias de diferentes textos, deben estar subordinadas a un proceso de interiorización. No basta con solo leer y reproducir los grandes tratados; hay que repensarlas, hacerlas parte de cada individuo y vivirlas en la práctica.

En este sentido, el ensayista trae a colación filósofos como Séneca y Cicerón para demostrar su punto, lo que se hace pertinente ya que toda su obra está llena de referencias y citas de estos

pensadores, así como de Plutarco y otros filósofos antiguos. Aunque, es posible usar ideas de estos pensadores para sostener una idea personal, estas ideas deben ser analizadas, asimiladas y dirigidas hacia el interior. Puesto que, gracias al entendimiento se puede comprender la vida a través de sus perspectivas, pero no debe vivirse sin olvidar experimentar y actuar en consecuencia.

Montaigne expresa un descontento palpable hacia quienes se limitan a acumular conocimiento sin vivirlo, como lo demuestra su afirmación: “Aunque pudiéramos ser doctos por un saber ajeno, al menos sabios no lo podemos ser sino por nuestra propia sabiduría” (Ensayos I, 24, p. 172). Aunque, Montaigne no rechaza el conocimiento en sí, sino su apropiación poco personal. Por ello, reivindica el conocimiento frente al saber ordenado y sistemático de los libros, donde plantea hallar un saber revelado, que emana del ser. Montaigne, no niega la verdad, sino que, la busca en las entrañas mismas de la existencia humana, donde el pensamiento se funde con la acción y la vida.

Montaigne desenvuelve una crítica explícita a la pedantería (como lo sugiere el título mismo de este ensayo), en contra de aquel saber pretencioso y el filósofo obsesionado con su propia imagen y ego. Así lo expresa: “Había de traer el alma llena; sólo la trae hinchada; y, en lugar de engrosarla, tan sólo la ha inflado” (Ensayos I, 24, p. 174). En este punto, Montaigne defiende el saber práctico y se distancia parcialmente de la teoría. Aunque el autor no rechaza esta última, al reconocer su valor y su necesidad, insiste en reiteradas ocasiones en que el conocimiento teórico debe estudiarse a fondo, hasta que se adquiera y se interiorice.

Lo que hace Montaigne es una comparación entre la pedantería de los eruditos con la sabiduría auténtica de oficios humildes, como el campesino o el zapatero:

Porque al campesino y al zapatero los ves seguir simple y naturalmente su camino, hablando de lo que saben; éstos, por pretender elevarse y exaltarse con el saber que nada en la superficie de su cerebro, se enredan y embrollan sin cesar. (Ensayos I, 24, p. 174)

Esta postura que asume Montaigne, implica una crítica directa a la filosofía sistemática, que prioriza la acumulación abstracta de conocimiento. Tal como señala: “¿Para qué sirve la ciencia si carece de entendimiento?” (Ensayos I, 24, p. 176). Esta pregunta funciona como una síntesis

de su escepticismo hacia un saber desconectado de la experiencia. Denuncia que, se aprende para la erudición, los libros y el reconocimiento intelectual, mientras que sostiene que debe aprenderse para vivir y actuar.

Por ende, Montaigne valora las ciencias simples de la vida, como la bondad, y desacredita el conocimiento por el conocimiento mismo: “Cualquier otra ciencia es dañina para quien carece de la ciencia de la bondad” (Ensayos I, 24, p. 177). Con esto, cuestiona el intelectualismo vacío y a su vez, recupera un saber encarnado, que surge de la acción cotidiana y no de los libros. Para él, la verdadera sabiduría no se encuentra ni le pertenece a las citas ni a los sistemas, más bien, se halla en la capacidad de vivir con autenticidad y virtud.

Montaigne es un filósofo que critica constantemente a la filosofía vanidosa. De hecho, Comte-Sponville (2009), comenta acerca de la filosofía de Montaigne, que funciona como una reconciliación con la filosofía y la vida misma, puesto que, el sistema parametrizado al extremo, entierra a la filosofía en donde no se alcanza a desvelar por los ojos del que respira, lee y vive. A saber, lo que hace Montaigne es reconciliar a la filosofía con el humano, se plantea una forma de filosofar terrenal y accesible, pues escapa del aislamiento intelectual. Transforma lo que parecía más una divinidad que una verdad sobre el conocimiento, y lo entrega al hombre que vive y filosofa al mismo tiempo. Esto no pretende decir que, la filosofía de Montaigne es una verdad indudable, sino un impulso al movimiento filosófico. Lo que es lo mismo que decir que, es una provocación a la vida, un incentivo al saber.

Comte-Sponville, presenta al Montaigne humanista, quien valora del conocimiento del hombre, puesto que, en ocasiones, Montaigne puede parecer arrogante al criticar constantemente la forma de hacer filosofía de otros y rechazar los comentarios sobre la filosofía, ya que no la considera filosofía, sino saberes vacíos, con exceso de vanidad y presunción no obstante, la refutación que hace Montaigne no es a la filosofía, sino a la pedantería que parecen obtener los hombres al realizarla o creer hacerlo. Tal como lo describe Comte-Sponville (2009):

Pero hay algo peor todavía. Montaigne no sólo no crea un sistema —demuestra al contrario la vanidad de todos—, sino que filosofa como ya nadie, parece, se atreve a

filosofar: a la antigua, en primer grado y en primera persona, expuesto a todos los riesgos (p. 89).

Por otra parte, Montaigne en el capítulo *La pedantería* (Ensayos I, 24) no se refiere a la ciencia en un sentido moderno (como sistema de conocimiento metodizado), a lo que se refiere Montaigne es al saber letrado de la Francia del s. XVI. En este contexto, la ciencia no constituye un medio para vivir bien, ni pretende ofrecer leyes prácticas para vivir. A lo largo de la Edad Moderna, esta filosofía se desarrolló con sistemas fuertes como los de Kant y Hegel, que valoraban el método y la organización, Montaigne, un filósofo que emplea la literatura para expresar sus ideas, utiliza este ensayo para cuestionar y poner en duda los conocimientos que se creen poseer o conocer. Asimismo, se emplea el ensayo, un género literario, para defender su crítica. En esencia, su obra representa una filosofía crítica que conmueve y cuestiona los saberes aceptados.

De la misma forma, Montaigne critica la educación que enseña a memorizar y retener conocimientos sin hacerlos propios y subraya que reducir el conocimiento a una ostentación es un insulto al conocimiento en sí mismo. Esto es, llenar la memoria sin aplicación práctica es inútil. Montaigne llama -doctos- a quienes se consideran sabios por sus conocimientos acumulados, pero no se preocupan por los conocimientos que tienen en el alma. Repetir y aparentar es una tarea de memoria y engaño, pero esos saberes son vacíos si no se sustentan en experiencias particulares.

Montaigne finaliza el ensayo al argumentar que la educación escolar y la educación en general deben también enseñar temas morales. De esta forma, da vital importancia a la formación del carácter por encima de los conocimientos vacíos que son aquellos saberes acumulados por memorización. Enseñar solo ciencia deja de lado lo que realmente ensancha el alma: el saber propio, el saber que se sostiene por la vivencia y el descubrimiento de cada individuo.

El segundo ensayo titulado *Los libros* (Ensayos II, 10) donde Montaigne habla de su biblioteca y, además, tiene como objeto en este escrito complementar la crítica de Montaigne hacia la filosofía, el ensayo comienza con una elucubración de Montaigne sobre sus propios escritos y su relación con la literatura. En este texto, Montaigne parece hacerse una crítica a sí mismo:

Que se vea, en lo que tomo prestado, si he sabido elegir con qué dar valor o auxiliar propiamente a la invención, que procede siempre de mí. En efecto, hago decir a los demás, no como guías sino como séquito, lo que yo no puedo decir con tanta perfección, ya sea porque mi lenguaje es débil. (Ensayos II, 10, p. 586)

Montaigne se enfoca en una crítica de sus ensayos, la carencia de perfección y profundidad de sus textos, puesto que, es consciente de que otros maestros del oficio pueden ofrecer escritos más exhaustivos, pero insiste en que su objetivo no es compartir conocimientos adquiridos, en contraste, su meta es expresar sus fantasías y dar a conocer su perspectiva personal. Montaigne, admite su ignorancia y la falta de retentiva, se limita a compartir opiniones tal como las concibe, sin aspirar a una certeza absoluta.

Esto no es otra cosa que la muestra de la falta de interés de Montaigne por intentar establecer una teoría del conocimiento o hacer de la filosofía una ciencia rigurosa, pues Montaigne convierte la filosofía en algo más allá de los libros y la academia, la transforma en una filosofía cotidiana y lo hace a través de sus vivencias, se atreve a usarse como ejemplo y escribir en primera persona, tal como los griegos clásicos (del siglo IX al siglo II a.C) hacían.

En esta misma línea, Montaigne no busca instruir a los demás, sino presentarse a sí mismo a partir de sus escritos. Para él, los préstamos literarios no son simples citas, sino materiales integrados que enriquecen su propia invención. Admite que su conocimiento es limitado y que carece de la memoria necesaria para recordar detalladamente lo que ha leído. En cuanto a los libros y la lectura, Montaigne no busca profundizar en temas difíciles ni adquirir conocimientos por grandes esfuerzos; tampoco desea una escritura oscura y poco procesable. Más bien, desea pasar el tiempo de manera placentera y aprender sobre la vida y la muerte. También, prefiere la lectura de libros antiguos y evita los modernos, encontrando mayor riqueza y valor en los primeros. Pero, la vulgaridad de la modernidad, aprecia la calidad literaria de algunos autores modernos y hace una comparación continua de los autores modernos con los antiguos, a estos últimos los considera superiores en estilo y contenido.

Montaigne expresa su gran reconocimiento hacia autores como Plutarco y Séneca, en este texto, demuestra su evidente fascinación a estos. Montaigne encuentra en Plutarco y Séneca sus

fuentes principales de provecho y placer. Estima a estos autores porque presentan la filosofía en fragmentos que no requieren un esfuerzo prolongado, lo cual se adapta a su forma de escribir. En Plutarco y las cartas de Séneca, encuentra verdadera utilidad, pues abordan la escritura de manera casual y desordenada, lo que permite disfrutar y aprender sin tener la obligación de una lectura continua.

Plutarco y Séneca, tratan temas similares, pero tienen enfoques diferentes. Plutarco posee opiniones platónicas, una filosofía más uniforme y constante, adecuada para la vida. Séneca, con su estoicismo y epicureísmo, se centra en endurecer la virtud contra la flaqueza y los deseos viciosos, por ello, enseña con gran firmeza y de forma personal.

Además, admite sus propias debilidades al escribir y exalta aquellas cualidades que considera esenciales para hacerlo bien como la claridad y la autenticidad. Montaigne también presenta sus lecturas, comparte opiniones sobre ellas, las describe con admiración y, en cierta forma, las celebra: “Entre los libros, simplemente agradables, encuentro de los modernos, el de *Decamerón* de Boccaccio, Rabelais y los besos de Juan Segundo” (Ensayos II, 10, p. 588). Cabe aclarar que, Montaigne no arremete contra los libros en cuanto tal, sino con los falsos lectores que forman un saber a partir de un esnobismo acumulativo.

Se mencionan varios autores y obras que admira Montaigne como Virgilio, Lucrecio, Catulo, Horacio, Lucano y Terencio, sobre todo, por sus cualidades poéticas y su capacidad para capturar la esencia del alma humana y las costumbres. En cambio, se critica la tendencia de autores modernos de sobrecargar sus obras con material prestado, en lugar de confiar en sus propios conocimientos. Nuevamente, se hace una valoración a los antiguos poetas que evitaban la afectación y el rebuscamiento de otras obras porque lograban transmitir su arte de manera más auténtica y natural. Montaigne, se presenta como un lector y escritor que valora la simplicidad y la autenticidad en la literatura, pues prefiere la calidad y la profundidad de los autores antiguos sobre la complejidad y el ornamento de los modernos. Montaigne construye, a través de su crítica, una oposición a la filosofía excesivamente academicista y rígida. En palabras de Laborda (2019):

No en vano, en los ensayos, Montaigne consigue la agilidad argumentativa con el concurso de una expresión imaginativa. Sus enemigos son la tiranía de la erudición, que actúa en solitario y es sorda al entorno, y la exaltación de las pasiones, que arrastra a posiciones desaforadas. (p. 32)

En este pasaje, Montaigne va más allá de sus preferencias literarias, gracias a que establece principios para una escritura efectiva, donde se evita lo superfluo y se va directo al punto. Como él mismo exige: “quiero discursos que den la primera carga en lo más recio de la cuestión; los suyos se arrastran por las ramas” (Ensayos II, 10, p. 595).

En cuanto a Cicerón, Montaigne encuentra su estilo de escritura aburrido debido a las largas introducciones y divisiones que ahogan la sustancia de sus argumentos. Además, en el ensayo *Consideración sobre Cicerón* (Ensayos I, 34), Montaigne reconoce el talento de Cicerón en la escritura, pero reprocha su vanidad por ser recordado, este buscaba de manera activa el legado literario e histórico. Con ello, Montaigne exige acción por encima de la elocuencia lingüística. Para Montaigne, la sabiduría está en la práctica y no en la erudición, estos elementos no son más que superficiales. Montaigne también critica los diálogos de Platón por sus largas interlocuciones preparatorias que considera una pérdida de tiempo para alguien que busca la esencia de las enseñanzas filosóficas. Prefiere los libros que exponen las ciencias directamente, sin artificios literarios. Para suplir su débil memoria, Montaigne anota sus impresiones y juicios sobre los libros que lee.

Además, Aunque Montaigne con frecuencia manifiesta aparente desdén hacia la filosofía, en *Los libros* (Ensayos II, 10) revela lo contrario: presenta a aquellos autores que sí valora y demuestra así una apreciación profunda por el arte de la escritura.

No obstante, él mismo ha expresado, un cierto desagrado hacia los historiadores: “Escribir la historia puede también ser muy útil para que una sociedad elabore una conciencia, para que enfrente los problemas que tiene con su pasado, construya su propia identidad” (González *et al.*, 2010. p. 172). A través de este texto se desvela que, no tiene es escrupuloso con la historia en su totalidad, en realidad su recelo es a los historiadores que manipulan los hechos a su conveniencia, puesto que, la historia, al igual que la filosofía y la vida misma para Montaigne,

deben estar apegados a la verdad, por ello, manifiesta un remilgo a aquellos historiadores que transmiten la historia según sus intereses:

Quieren masticarnos los pedazos; se arrogan el derecho de juzgar y por consiguiente de inclinar la historia a su antojo. Porque una vez que el juicio se inclina hacia un lado, no se puede evitar deformar y torcer la narración conforme a ese sesgo. (Ensayos II, 10, p. 600)

Montaigne rechaza los discursos sobrecargados de artilugios, las divagaciones y la historia manipulada por intereses. De modo opuesto, se enfoca en una sabiduría práctica, arraigada en la experiencia cotidiana, entonces, expresa admiración por Séneca y Plutarco, filósofos que escriben libres de sistematicidad y seguido a esto, revela su convicción más profunda: la filosofía no debe encerrarse en tratados oscuros ni elogios a las palabras que no aterrizan en ningún lado: “Para mí, que sólo pido hacerme más sabio, no más docto o elocuente, estas disposiciones lógicas y aristotélicas no vienen al caso” (Ensayos II, 10, p. 594). Los Ensayos son, en sí mismos, un manifiesto contra la pura erudición; un recuerdo escrito de que el pensamiento genuino nace de la reflexión frente al mundo y no de citas o ciencia inteligible.

El tercer ensayo presentado para profundizar en la crítica a la filosofía realizada por Montaigne es *La fisionomía* (Ensayos III, 22), este inicia con una defensa a la naturalidad, al contrastarla con una crítica a las apariencias sociales: “Nuestro mundo sólo está habitado por la pompa. Los hombres no se llenan, sino de viento, y rebotan como las pelotas” (Ensayos III, 22, p. 1546).

Este ensayo es un espacio donde se presenta, la posibilidad de conocer el carácter de una persona a partir de sus rasgos físicos, por ejemplo, el rostro. Para ello, Montaigne se apoya en el contexto históricos, observaciones personales y su experiencia cotidiana: “Si mi semblante no me avalara, si no se leyera en mis ojos y en mi voz la simplicidad de mi intención, no me habría mantenido durante tanto tiempo sin querella ni ofensa” (Ensayos III, 22, p. 1587).

A primera vista el objetivo del texto es averiguar cómo es que el cuerpo y la apariencia pueden revelar aspectos profundos del alma. Sin embargo, el segundo objetivo de Montaigne, menos distinguible a primera vista, es la crítica a la filosofía por medio del rechazo a la rigidez conceptual y al racionalismo abstracto que dominaba las escuelas filosóficas de su tiempo. Así lo

plantea Bakewell (2017): “Pasaba tantas páginas dejando divagar sus pensamientos que estaba destinado a topar con alguna gran teoría clásica por aquí y por allá. Le interesaba la filosofía práctica de cómo vivir” (p. 337).

Montaigne, cuestiona a la ciencia, pero no la desestima, ni la desacredita, ni omite un juicio sobre esta como sustantivo; más bien, plantea su dificultad, ya que, a diferencia de otros bienes, no puede medirse mediante la belleza o lo palpable, sino solo mediante la examinación propia o la de otros:

En cuanto a las ciencias, desde el principio no podemos ponerlas en otro recipiente que nuestra propia alma. Las engullimos al comprarlas, y salimos del mercado o bien ya infectados o bien corregidos. Hay algunas que no hacen más que estorbarnos y cargarnos en vez de nutrirnos. (Ensayos III, 22, p. 1549)

En este capítulo, Montaigne advierte sobre las consecuencias del exceso de letras y cómo evitar caer en demasía. Montaigne realiza preguntas clave dentro de su cuestionamiento: ¿para qué sirve tanto conocimiento? ¿En qué desemboca tanto saber? Esto lo hace mediante una comparación de las personas comunes que ignoran muchas cosas, a diferencia de filósofos o historiadores:

¿Para qué nos armamos con estos esfuerzos de la ciencia? Miremos al suelo, a la pobre gente que vemos esparcida por él, con la cabeza inclinada hacia el trabajo, que no conocen ni a Aristóteles ni a Catón, ni ejemplo ni precepto alguno. De ellos extrae la naturaleza todos los días actos de firmeza y de resistencia más puros y más vigorosos que los que estudiamos con tanto esmero en la escuela. (Ensayos III, 22, p. 1552)

Esta pregunta es crucial, porque demuestra un remilgo, una duda acerca de la utilidad de tanto conocimiento, Montaigne no está en contra del saber sino de su exclusividad, por encima de las demás formas de conocer. El investigar en exceso, querer conocer a través de la academia, es un regreso al oscurantismo, pero este, colmado de luces.

Otro punto que se aborda es la resolución, Montaigne reflexiona sobre el papel de la ciencia para dar tranquilidad y brindar seguridad. A lo que concluye que la ciencia por sí sola no tiene la

capacidad para generar estas sensaciones serenas, para ello, tiene que recurrir a las cosas más simples de la vida:

Y mientras tanto, las trazas de su instrucción, y lo poco de su imagen que, gracias al beneficio de la ignorancia, resta impreso en la vida de la muchedumbre rústica de hombres sin educación, la ciencia se ve obligada todos los días a pedirlo prestado, para que sirva a sus discípulos como modelo de firmeza, de inocencia y de tranquilidad.
(Ensayos III, 22, p. 1566)

La ciencia a pesar de su complejidad, depende de la sabiduría intuitiva, por lo que Montaigne sugiere esta paradoja fundamental para el desarrollo del conocimiento. Lo que los eruditos buscan en tratados y sistemas filosóficos esa es la “firmeza, inocencia y tranquilidad” (Ensayos III, 22, p. 1566), gracias a que, habita de modo espontáneo en el hombre, sin la necesidad de recurrir a tratados inmensos y búsquedas inalcanzables de conocimientos imposibles. Montaigne, desvela cómo el método en superabundancia a menudo oscurece las verdades que sabios rústicos encarnan sin esfuerzo y lo hace con una ironía que es representativa en su estilo de escritura.

En este ensayo, Montaigne enuncia las cosas por las que se sufre, entre ellas el miedo a la muerte: “La filosofía nos prescribe tener siempre la muerte a la vista, preverla y considerarla de antemano” (Ensayos III, 22, p. 1569). Reiterando lo que ya había planteado en su ensayo *Que filosofar es aprender a morir* (Ensayos I, 19), pues la muerte funciona como un complemento de la vida y viceversa, esta comparación entre la vida y la muerte no es otra cosa que afirmar que cuando se vive, se sabe también morir, sin importar los miedos antes de su llegada.

Asimismo, Montaigne reflexiona sobre su propia muerte, esta es incierta, puesto que no se tiene conocimiento de lo que sucede después de esta, como todos los otros seres. Sin embargo, pese a esta incertidumbre, afirma que le preocupa muy poco. Puesto que, como un amante de la vida como se ha demostrado en el transcurrir de estas páginas, su atención está centrada en un contexto vital, esto no es más que, cómo se le juzga por sus acciones, errores, experiencias y falta de destreza en la guerra. De igual forma se plantea en *Ejercicios espirituales y Parrhesia*²

2 Se define como la acción de hablar (la verdad) directa y francamente, incluso si esto trae consecuencias.

en los ensayos de Montaigne (2011) “esta nueva forma literaria inclasificable, en la que el repliegue a una dimensión "simple", "baja" y "desnuda" de la experiencia permite el ejercicio de las partes más nobles de la "condición humana"” (Carneiro, p. 122).

No obstante, por encima de su amor a la vida, reconoce también sus dificultades. Esto no es otra cosa que afirmar que, si se tiene el valor para dedicarse a la filosofía, se está condenado a ser auténtico, o intentar serlo, la idea central es, vivir según lo que se escribe es mucho más difícil que vivir según otras vocaciones. Es allí, realiza una crítica al academicismo filosófico, pues en muchos de los textos, las citas no se usan para desarrollar un texto, ni sostener un punto, más bien se usan, en ocasiones para poner parafernalia al conocimiento, Al escribir libros, cuando se toma prestado el saber, se hace evidente que no se sabe y también, que no se deben escribir libros con este conocimiento superfluo y poco propio.

En *La fisionomía* (Ensayos III, 22) Montaigne evalúa la imagen ideal del filósofo como un ser puramente racional y alejado de lo sensible. Hay que destacar, tanto la filosofía como el filósofo han sido relegados a una imagen divina, casi onírica que debe abolirse. Esta perspectiva no ha pasado inadvertida en la historia del pensamiento, por ejemplo, el escritor, poeta y filósofo Paul Valéry pondera esta visión al ser apegada a la dimensión humana y apartada de los sistemas cerrados:

Valéry, como hacedor de poemas, asume la crítica de ciertos términos sólo como un paso para abordar lo que le interesa: la comprensión del hacer y, en particular, del hacer que crea, considerado por él como la acción humana más completa (Brigante, 2013, p. 275).

Es por esto que, su crítica se dirige a la filosofía académica, que pretende separar la sabiduría de la cotidianidad, a su vez, una filosofía sistemática que tiene como objetivo una lógica universal, basada en un pensamiento abstracto inconcreto. Al respecto, Montaigne afirma: “La mayoría, y los más grandes filósofos, pagaron su aprendizaje, y adquirieron la sabiduría por la mediación y el favor de su belleza” (Ensayos III, 22, p. 1569).

Estas palabras, con la ironía característica de Montaigne, evidencian qué, los pensadores más reconocidos, quizá se refiere a los griegos como Aristóteles, Platón, incluso pensadores cercanos al siglo XVI, no son la excepción a la regla, puesto que este saber que proclaman en sus libros,

no fue lo único que los acompañó en sus vidas. Es decir, los filósofos poseen también pasiones humanas, como el deseo y la admiración por la belleza. Con ello, se desmitifica la neutralidad y pureza del saber académico, al momento en que, se denuncia la falsedad de un modelo filosófico que olvida que el pensamiento nace de lo vivido, esto se hace por medio del temple típico del ensayista al momento de escribir. La filosofía que se engrandece por su ascetismo no es para los hombres, sino para semidioses que intentan no manchar su alma con humanidad. La propuesta de Montaigne es concisa, dismantelar la idea de un pensamiento puro y desinteresado por habitar una vida sencilla de la filosofía, es pertinente bajarla al mundo real, debajo del olimpo, en cambio, recordar la dimensión corporal, afectiva y concreta de la filosofía.

Por último, se aborda el capítulo *La experiencia* (Ensayos III, 18), donde se presenta un Montaigne mayor. Con un aumento de madurez en la argumentación y disertaciones de una vida más avanzada en experiencias y en enfermedades. Ahora bien, el ensayo comienza con la célebre cita de Aristóteles “Todos los hombres por naturaleza desean saber” (Met., 980b). Este planteamiento no puede ser más oportuno para introducir lo que se aborda en el texto, puesto que, se procede a mencionar los límites del conocimiento.

Montaigne realiza una comparación entre la experiencia y la razón, al señalar que esta primera actúa como último recurso cuando no basta la segunda. Asimismo, cómo advierte Montaigne: “No debemos desdeñar intermediario alguno que pueda conducirnos hasta ella” (Ensayos III, 18, p. 1589), lo que expresa el autor es la relevancia de no despreciar el conocimiento de donde provenga, ya sea de la razón o de la experiencia.

Como bien se sabe, Montaigne desconfía de la proliferación de leyes, sobre todo en Francia, pues considera que muchas de ellas son innecesarias e ineficaces. Esto se debe a la relación que hace de las leyes con la naturaleza está en constante cambio, ya que se encuentra en movimiento imparable, a diferencia de las leyes que son rígidas e inmutables. Esta discrepancia las convierte, en muchos casos, carentes de sentido. Como él menciona: “La correlación entre nuestras acciones, siempre en perpetuo cambio, y las leyes fijas e inmóviles” (Ensayos III, 18, p. 1591). De esta manera, Montaigne critica la desconexión entre la dinámica de la vida humana y la rigidez de las normas que pretenden regularla.

De hecho, Montaigne, en este capítulo, lanza una de sus críticas más contundentes contra los eruditos y el saber académico, pues denuncia cómo el conocimiento se ha transformado en un laberinto de artificios lingüísticos más que en una herramienta para comprender el mundo:

Sólo porque los príncipes de este arte, aplicándose con particular atención a distinguir palabras solemnes y a formar frases artificiosas, han sopesado tanto cada sílaba, han escrutado tan minuciosamente cada tipo de enlace, que ahí los tenemos enfrascados y enmarañados en una infinidad de figuras, y en divisiones tan menudas que ya no pueden caer bajo ninguna ordenación ni prescripción, ni bajo ninguna comprensión segura. (Ensayos III, 18, p. 1592)

Esta crítica se extiende también a la educación, donde Montaigne narra que, se enseña a los hombres a presentar dudas y a complicar lo simple, en lugar de buscar un verdadero saber. Montaigne se establece en desacuerdo frente a la tendencia de someterse a discusiones innecesarias donde se deja de lado la claridad y la utilidad práctica. Este ensayo representa la crítica más directa de Montaigne hacia la filosofía académica, que, en lugar de iluminar, oscurece la comprensión con palabras adornadas y abstracciones: “Nuestras indagaciones no tienen fin; nuestro fin está en el otro mundo” (Ensayos III, 18, p. 1595).

Los filósofos afirman que reflexionan sobre los hechos, sin embargo, a pesar de ello, terminan por elevarse hacia una vida abstracta, ascética y divina, e n su mayoría alejada de lo terrenal y lo concreto. La crítica se profundiza aún más cuando afirma: “Se invierte más trabajo en interpretar las interpretaciones que en interpretar las cosas, y hay más libros sobre libros, que sobre cualquier otro asunto” (Ensayos III, 18, p. 1596). Se pierde la filosofía en especulaciones inmanentes y discusiones de grandeza, en vez de eso, desperdician la filosofía sobre el mundo que los rodea.

Es así, como el ensayo establece una denuncia a la filosofía academicista. También es un recordatorio de reflexión frente a la necesidad de un pensamiento vital, arraigado en lo humano y lejos de las elucubraciones vacías que alejan al hombre de su verdadero fin: comprender el mundo en el que habita. Tal como lo plantea López Hernández (2022): “Montaigne es la efigie de un hombre investigador de sí mismo, ansioso de entender lo que sabe con inteligencia. Todo lo que es humano le interesa: nada de lo que tiene que ver con el hombre le es extraño” (p. 78), se presenta a la humildad cómo solución a esta arrogancia, pues gracias a la humildad es que el

hombre se apega a la naturaleza. Si bien la razón lleva a querer redefinirse como una divinidad, herramientas como, la experiencia personal y la humildad mantienen al hombre, humano.

Una vez más, Montaigne aclara que sus ensayos no están escritos para enseñar, sino para explorarse a sí mismo. Mientras se construyen sistemas abstractos, el ensayista prefiere escribir sobre la vida, las acciones, las experiencias, los saberes y los pensamientos. Su obra no pretende ser una única forma de expresión de la verdad. puesto que es una crónica única de su existencia.

Por ello, es pertinente avanzar en la contundente crítica evidenciada en este ensayo: La filosofía como un laberinto interminable de preguntas. Asimismo, Montaigne identifica que, los filósofos escriben libros enteros invadidos de dudas que carecen de respuesta definitiva, pues cada pregunta genera nuevas interrogantes, en un eterno retorno. Esto, lejos de acercarse a la verdad, la aleja en abstracciones inútiles, hace de la filosofía inaccesible al mundo real y palpable, donde los hechos ocurren.

Frente a la especulación filosófica, Montaigne reivindica la experiencia personal como fuente de conocimiento. Una experiencia ajena no tiene la misma validez que una vivida en carne propia: “Me estudio a mí mismo más que cualquier otro asunto. Ésta es mi metafísica, ésta es mi física” (Ensayos III, 18, p. 1602). Esto demuestra que, no rechaza la filosofía en sí, sino su sofisticación excesiva, que la vuelve inútil para la vida cotidiana: “Las falsifican, y nos presentan su semblante pintado con colores demasiado subidos y sofisticados, de donde surgen tantos retratos diferentes, con un objeto tan uniforme” (Ensayos III, 18, p. 1603).

La verdad, según Montaigne, se encuentra en la simplicidad de la naturaleza, no en tratados rebuscados: “Cuanto más simplemente se confía en la naturaleza, más sabiamente se confía en ella” (Ensayos III, 18, p. 1603). En cierto modo, Montaigne reconoce que el entendimiento humano no está exento de fallas, no obstante, de los errores se aprende más que de las certezas. Incluso afirma que, reconocer la ignorancia requiere inteligencia, mientras que creer saberlo todo demuestra una ignorancia inducida con superioridad falaz.

De igual forma, critica también la tendencia a valorar solo el conocimiento escrito, el antiguo o lo académicamente legitimado: “¿Qué haremos con este pueblo que sólo hace caso de los testimonios impresos, que no cree en los hombres si no aparecen en un libro, ni la verdad si no tiene una edad conveniente?” (Ensayos III, 18, p. 1615). Peor aún, denuncia que muchos buscan

el prestigio de haber establecido una verdad, más que el contenido de la verdad misma: “¿No es cierto que buscamos más el honor de la alegación que la verdad del razonamiento?” (Ensayos III, 18, p. 1616).

La crítica de Montaigne exhibe una de las grandes paradojas del pensamiento humano: La constante búsqueda de certezas absolutas en un mundo que se caracteriza por la incertidumbre. En el momento en que, el saber se institucionaliza y se rige por autoridades académicas. El filósofo ensayista, sugiere adquirir cierta desconfianza ante los discursos solemnes y presenta la mirada hacia la experiencia directa, donde se aprende a conocer el individuo mediante la introspección y la observación humilde de la naturaleza humana. Su defensa de la ignorancia consciente como forma de sabiduría es una denuncia a la arrogancia del dogmatismo intelectual, en vez de una renuncia al conocimiento.

Montaigne se anticipa en un elemento clave en el pensamiento moderno, los individuos que son capaces de cuestionar sus propias certezas, están un paso más cerca a la verdad, con respecto a la idolatría del saber institucionalizado solo queda resistirse y evitar elevarse: “de las cosas más ordinarias y más comunes y conocidas, si supiéramos encontrarles la luz, pueden formarse los mayores milagros de la naturaleza y los más extraordinarios ejemplos, en particular a propósito de las acciones humanas” (Ensayos III, 18, p. 1616), es decir, lejos de las abstracciones eruditas, se requiere retomar lo cotidiano, esto es una reivindicación al conocimiento desde su raíz terrenal. De la misma forma lo concibe Lázaro (2012):

Su libro quiere mostrar que el hombre es sólo hombre. No puede remontarse por encima de la Humanidad, ni comprenderse desde Dios, Ser perfecto. La exposición del vivir de Montaigne busca patentizarlo. La vida humana transparenta su condición sensible, siempre particular; trasluce perpetua imperfección: ahí está el hombre concreto (p. 45)

En estos los últimos ensayos del III volumen, se revela a un autor transformado por el tiempo, lejos del ímpetu juvenil y pese a la decrepitud física, se aprende a habitar mejor en el paso de las décadas, sobre sus enfermedades lamenta la incapacidad que siente de desear, no el dolor físico “Es lastimoso estar tan guiado y débil hasta para desear” (Ensayos III, 18, p. 1624). Esta vulnerabilidad existencial lo lleva a una meditación sobre la vejez y está acorde a lo que se conoce en sus otros ensayos acerca de cómo valora la vida por encima de la duración del palpito y su cuerpo como territorio filosófico, por ende, muestra desprecio por la filosofía que condena

la carne “No necesitamos consultas ni interpretaciones doctorales: los sentidos nos muestran lo que es, y dónde está” (Ensayos III, 18, p. 1653), Montaigne no hace otra cosa que recurrir a la experiencia de su propia vida y dolor para saberse a sí mismo, con esto su filosofía celebra lo corpóreo y el dinamismo de ser finito, pues sentencia a la filosofía que pretende ser universal y trascendente, al punto de negar su vehículo de hueso y musculo: “Detesto que nos prescriban tener el espíritu en las nubes mientras nuestro cuerpo se encuentra en la mesa” (Ensayos III, 18, p. 1654), se abala una filosofía que abraza al hombre completo, tanto alma como cuerpo.

Montaigne se opone de forma radical a los fundamentos de la filosofía tradicional que dictaminan que el ser humano se encuentra en estas dos entidades. Contrario a esta visión dualista, él crea una noción integrada, donde ambos aspectos coexisten en reciprocidad. Si bien reconoce que “entre nuestras enfermedades, la más salvaje es despreciar nuestro ser. Quien pretenda apartar el alma, que lo haga sin temor, si puede, cuando el cuerpo se comporte mal, para librarla de este contagio” (Ensayos III, 18, p. 1659). E insiste “En lo demás, por el contrario, que la asista y ayude” (Ensayos III, 18, p. 1659). Esta afirmación rompe la especulación filosófica: comprender al hombre exige asumir su naturaleza sin fragmentarla, pues separar lo que está unido, interviene de forma errada en la experiencia, pensar no es abstraerse del cuerpo, sino pensar *-desde-él*.

Al mismo tiempo, Montaigne desarrolla un elogio de lo humano auténtico, por medio de realzar su admiración al hombre que vive plenamente, en lugar de desestimar, como lo hace con aquel hombre que dice ser sabio y resulta ser un sabio artificial, por este motivo, aprecia las acciones esenciales -comer, dormir, reír, conversar- sobre las grandilocuentes. En Sócrates encuentra el ideal del filósofo, puesto que no dejó de ser hombre: “Nada es tan hermoso y legítimo como hacer bien de hombre, y tal como es debido. Ni hay ciencia tan ardua como saber vivir bien” (Ensayos III, 18, p. 1659).

Montaigne se manifiesta como un filósofo vinculado a la vida. No evade la muerte ni rehúye del sufrimiento. El ensayista asume la enfermedad, el dolor y el placer como elementos inseparables de la condición humana. Su filosofía acoge todo lo que la existencia presenta, sin seleccionar ni idealizar. Esto es representado a través de su alegato por una reflexión sencilla y terrenal “Entre las opiniones de la filosofía, prefiero abrazar las que son más sólidas, dicho de otro modo, las más humanas y nuestras. Mis razonamientos son, de acuerdo con mi conducta,

bajos y humildes” (Ensayos III, 18, p. 1664). Esta humildad intelectual constituye su expresión de coherencia con relación a su refutación a los sistemas filosóficos que ocasionan falsa modestia, con ello, se apartan de lo cotidiano y terminan por despreciar la realidad concreta del vivir.

Por tanto, Montaigne desarrolla un manifiesto en contraste con una filosofía que ha perdido su conexión con la vida y es absorbida por abstracciones vacías en la medida de que postulan fórmulas académicas. “La hemos confundido con huellas artificiales; y por ese motivo, el supremo bien académico y peripatético, que es vivir de acuerdo con ella, deviene difícil de delimitar y explicar” (Ensayos III, 18, p. 1665). Ante esto, se hace evidente que el fin de la filosofía montaigneana es hacer un pensamiento desde la encarnación de la existencia común, como naturaleza vivida, sin absurdos ideales teóricos.

Esta concepción culmina en una de sus afirmaciones más convincentes, donde se sostiene su planteamiento filosófico vital y el sentido último de su pensamiento: “Es una perfección absoluta, y como divina, saber gozar lealmente el propio ser. Perseguimos otras condiciones porque no entendemos el uso de las nuestras, y salimos fuera de nosotros porque no sabemos qué hay dentro” (Ensayos III, 18, p. 1668). Así, Montaigne cierra un alegato acerca de regresar las letras a la vida, desde la moción de habitar. Montaigne reconcilia la propia humanidad de los individuos con la sabiduría de quien ha aprendido a vivir.

Tercer Capítulo: La Propuesta montaigneana de una Ética en Primera Persona

“Escucha, pues, ahora. Y ya que me concedes el elogio de éstos, quiero de buena gana hablar con verdad y justicia” (Eurípides, Tragedias II, 860a).

Definición de Ética

Antes de hablar sobre el planteamiento ético filosófico de Montaigne, es pertinente dilucidar que se entiende por ética, esta es la disciplina filosófica que guía la conducta y las relaciones humanas como manifestación de los estándares de una sociedad. En cuanto a significado se remonta a la etimología *ethos* que significa -carácter-, Según Gonzáles (2016) la ética es:

El término “ética” se vincula más directamente con la idea de una vida buena, en la que el concepto de normas o leyes universales, sin estar necesariamente ausente, no desempeña el papel prioritario, sino que éste se reserva a la virtud, las costumbres y las instituciones en las que se materializa o concreta el bien moral. (p. 19)

Así, la ética se basa en mantener la virtud en medio de las diferentes adversidades de la vida. La ética es una rama de la filosofía que respalda la experiencia, por ello, se piensa la forma de comportarse del humano frente a su moral y lo evalúa. Esto lo hace por medio de ahondar en la cotidianidad y situaciones que requieran una solución ética. Su función consiste en meditar sobre el acontecer moral y perseguir su elucidación.

A esta definición se suma la propuesta de Adela Cortina (1994): “un tipo de saber de los que pretende orientar la acción humana en un sentido racional; es decir, pretende que obremos racionalmente”. Con ello, se refiere a no sucumbir al sistema límbico en su totalidad, puesto que, no cabe la ética en una actitud iracunda y desenfrenada. Asimismo, la ética sostiene la manera correcta de obrar humanamente, aunque no se deja de lado su enfoque práctico, si bien nombrar la ética y establecer sus parámetros está conformado en un sentido racional y teórico, el vivir la ética y su ejercicio mismo es pragmático.

Por tratarse de una filosofía práctica, se alinea con lo propuesto por Montaigne a lo largo de su obra, en tanto que consiste en un juicio sobre las acciones que atañen a la vida cotidiana. En concordancia Habermas (2000) escribe: “El filósofo moral no dispone de un acceso privilegiado a las verdades morales” (p. 109), es lo mismo afirmar que, la búsqueda de la ética y la moral se hallan en la existencia ordinaria, tanto en un campesino como en los tratados de un estudioso de la naturaleza del *ethos*.

En este punto, es preciso adentrarse en la definición de ética montaigneana, se entiende por ética en Montaigne, aquella que se alcanza mediante la práctica, por ende, los aspectos negativos como el vicio y el mal carácter no perturban al individuo:

una larga práctica de los preceptos de la filosofía, que se ha unido a una naturaleza bella y rica. Las pasiones viciosas que nacen en nosotros no encuentran ya manera de introducirse en ellos. La fuerza y dureza de su alma sofoca y extingue las concupiscencias en cuanto empiezan a tomar impulso. (Ensayos II, 11, p. 611)

La ética en Montaigne se manifiesta en su obra por medio de una filosofía práctica con base en su experiencia personal, el juicio y su desarrollo cotidiano. Montaigne propone una ética fundada en su estilo característico, siendo este, en primera persona y particular. Esta aproximación ética se revela en las siguientes páginas.

La relación entre la ética y las obras de Montaigne demanda, entonces, una lectura comparativa entre la ética y los ensayos. Por ello, se han seleccionado una variedad de ensayos que muestran una visión ética de Montaigne, en estos ensayos se encuentran los principios morales claves para el desarrollo y la comprensión de una ética en Montaigne.

Dicha selección tiene como objetivo demostrar que Montaigne no sólo plantea una filosofía sino también una ética por medio de plantear unas máximas morales. En este tercer capítulo, se lleva a cabo una selección de ensayos de Michel de Montaigne que constituyen los cimientos de su ética filosófica. Ahora bien, aunque la ética hace parte de la filosofía, cabe mencionar una breve diferenciación de estas. En primera instancia, la filosofía busca el saber y el conocimiento en un sentido más amplio. Mientras que, en segunda instancia, la ética es basada en la acción, juicio práctico y en situaciones concretas. Esta orientación tanto de filosofía en cuanto al saber,

como de ética en su sentido práctico, es la que permite que, Montaigne exprese una ética fundada no en abstracciones sino en la experiencia y juicio personal. Dado que, la elección de estos textos responde a la presencia de referencias a la ética, estas permiten analizar, tanto de manera explícita como implícita, la visión que Montaigne posee sobre esta área del saber.

Por esta razón, se plantea una reestructuración conceptual de los ensayos. Dicha redistribución obedece a una temática y aspira a revelar la base estructural de su propuesta filosófica. Se seleccionan estos ensayos y no otros porque en ellos se evidencian argumentos contundentes en los que descansa una ética frente a diferentes temas cómo: La tolerancia cultural, la tortura, la práctica del bien, la condena y la justicia. Estos temas los plantea Montaigne para divulgar su perspectiva y sentar las bases de pensamiento. Los ensayos escogidos denotan que Montaigne propone una ética con base en sus vivencias personales y su juicio, esto lo ejerce a través de su estilo ensayístico. Si bien estos Ensayos no son todos en los que Montaigne demuestra su ética y lecciones morales, se consideran relevantes por su abordaje según la relación que se maneja en los capítulos anteriores.

En los Ensayos radica la ética de Montaigne y cómo está funciona en los diferentes escenarios de la vida, pues la ética montaigneana se encuentra en estos. Así como los cimientos de la misma y su ejercicio en el quehacer habitual. A lo largo de este capítulo, se abordan en detalle los ensayos: Los caníbales (Ensayos I, 30), La crueldad (Ensayos II, 11), La virtud (Ensayos III, 29), Los cojos (Ensayos III, 11) y La conciencia (Ensayos II, 5), pues en ellos se encuentran los pilares fundamentales para la aprehensión de su planteamiento.

El ensayo por el que inicia este análisis es Los caníbales (Ensayos I, 30) donde se hace una crítica sobre juzgar a otros, antes que observarse a sí mismo, este es fundamental en la selección indicada. Por otra parte, La crueldad (Ensayos II, 11) y La virtud (Ensayos III, 29) funcionan como planteamientos de los principios éticos que conforman la perspectiva práctica para Montaigne. Asimismo, Los cojos (Ensayos III, 11) donde Montaigne argumenta algo similar a los caníbales, sin embargo, esta crítica se centra en la creencia de la razón propia como verdad sin certezas suficientes (dogmatismo). Por último, La conciencia (Ensayos II, 5), un ensayo que finaliza la ética montaigneana como reflexión moral acerca de los actos que cada individuo acciona sobre los demás y sobre sí mismo.

La ética en Montaigne se manifiesta en su obra por medio de una filosofía práctica con base en su experiencia personal, el juicio y su desarrollo cotidiano/meditativo. Montaigne propone una ética fundada en su estilo característico, siendo este, en primera persona y particular. Esta aproximación ética se revela en las siguientes páginas.

Tabla de ensayos Tercer Capítulo

La siguiente tabla presenta los ensayos analizados en este capítulo, seleccionados por su aporte fundamental en el desarrollo ético de la filosofía de Montaigne.

Ensayo	Núm.	Eje temático principal	La ética en Michel de Montaigne
<i>Los caníbales.</i>	I, 30	Diversidad cultural y crítica al eurocentrismo.	El juicio moral europeo sobre otras culturas y la propuesta de una ética basada en la comprensión.
<i>La crueldad.</i>	II, 11	Principio Ético.	La crueldad como perversión moral y definición de ética práctica.
<i>La virtud.</i>	III, 29	Principio Ético.	Reivindica la virtud como una práctica constante en la vida diaria.
<i>Los cojos.</i>	III, 11	Ejemplo de ética.	Ética del conocimiento basada en la humildad, cuestiona las certezas dogmáticas.
<i>La conciencia.</i>	II, 5	Juicio moral interno.	La conciencia como tribunal ético interior: superior a cualquier sistema legal externo.

La Ética en los ensayos de Montaigne

De acuerdo a la selección de Ensayos, el punto de partida es Los caníbales (Ensayos I, 30), en el transcurso de este capítulo Montaigne reconoce el juicio sobre los hombres como una tarea

difícil de realizar. Sin embargo, se puede observar en sus escritos que, lejos de parecerle esto un defecto, se regocija con el ser humano y sus complejidades.

En el ensayo Montaigne desarrolla una investigación de una cultura distante a la europea con una etnia que tenía el canibalismo como práctica común. Los hombres que emiten juicios sinceros son los más sencillos que no tienen la intención de persuadir para confirmar sus propias elucubraciones: “La gente refinada, en efecto, observa con mayor curiosidad, y más cosas, pero las comenta; y, para realzar su interpretación y hacerla persuasiva” (Ensayos I, 30, p. 278).

No obstante, el tema central comienza al momento que Montaigne resalta la clasificación de los mal llamados -barbaros y salvajes- puesto que, se enfoca en criticar como se llama -barbarie- a todo aquello que es diferente a la cultura de origen, en efecto, se piensa que el lugar de donde se viene es el único que tiene la verdad, lo correcto y muy humano.

Por medio de esta crítica, Montaigne hace una defensa a favor de todas las culturas e invita a observar los errores de las propias costumbres, antes que juzgar a otras:

Ellos son salvajes como llamamos «salvajes» a los frutos que la naturaleza ha producido de suyo y por su curso ordinario, cuando, a decir verdad, deberíamos más bien llamar «salvajes» a los que hemos alterado y desviado del orden común con nuestro artificio. En ellos están vivas y vigentes las verdaderas y más útiles y naturales virtudes y propiedades, que hemos bastardeado en éstos, acomodándolos al placer de nuestro gusto corrompido. (Ensayos I, 30, p. 279)

Montaigne tiene como objeto en este ensayo el análisis de otras culturas, la percepción de la barbarie y la civilización, basándose en observaciones y relatos de otros acervos culturales. Las verdaderas virtudes naturales son más puras en las culturas menos influenciadas por el artificio humano, esto anterior, no es otra cosa que una crítica a la sociedad europea, con precisión, al excesivo ego de los europeos. Montaigne admira como los habitantes de las etnias estudiadas viven sin comercio, sin letras, sin matemáticas y también, sin las instituciones y vicios europeos. Algo semejante plantea Marrero Gonzáles (2021) “¿Por qué se les ha de considerar bárbaros por tener una comprensión de las cosas y de la naturaleza distinta de la cultura europea? Nuestra cultura no posee la verdad absoluta sobre todas las cosas” (p. 126).

Al mismo tiempo, pueden ser vistos como ignorantes por no tener los conocimientos necesarios para desarrollarse en Europa, sin embargo, estas culturas no tienen palabras para conceptos como mentira, traición o avaricia porque no las conocen, por ello, no cometen tales actos. Al mismo tiempo, Montaigne narra detalles de la vida cotidiana de estos pueblos: sus construcciones, su dieta, su organización social y sus costumbres. En concreto, Montaigne rescata y elogia como la falta de artificio humano crea una sociedad desde la simple representación de la experiencia en la vida misma, alejada de las corruptas facetas de la civilización.

Dicho esto, Montaigne se adelanta y plantea que, una cultura no es superior o inferior a otra por contar con tradiciones diferentes, En palabras de Llano (2023) “Montaigne propuso la comprensión de aquellos con pensamientos opuestos, coexistencia pacífica y tolerancia hacia aquellos que profesan una fe diferente” (p. 244), de esta forma se distancia del significado de -bárbaro- y -salvaje- del siglo XVI. Cabe señalar que, en la explicación de estas tradiciones, surge una que sobresale, esta es la que da nombre al ensayo: el canibalismo. Respecto a esto, el canibalismo es la forma de tortura que tienen para los prisioneros que incurren en actos terribles, en un principio, son atendidos adecuadamente, con comida y con bondad, ya que les espera un destino espantoso: ser devorados. Esto no es menos que desagradable, todas las formas de tortura lo son. No obstante, esta noción de la justicia es diferente, no por ello inferior a la europea cómo lo escribe Montaigne: “No me enoja que señalemos el bárbaro con horror que hay en tal acción, pero sí que juzguemos bien acerca de sus faltas y estemos tan ciegos para las nuestras” (Ensayos I, 30, p. 285).

Montaigne, condena el acto de juzgar la crueldad en otras culturas, sin afrontar primero las crueldades propias, es decir, la visión europea de criticar a los indígenas, que son considerados bárbaros según las normas de la razón europea, no tiene en cuenta que en Europa se supera su barbarie en muchas formas. En palabras de Raga Rosaleny (2013) se sugiere que en el ensayo Los caníbales (Ensayos I, 30) existe una dualidad humana razón/presunción en indígenas y europeos:

El rechazo de Montaigne a las fuentes de autoridad tradicionales a la hora de juzgar a los caníbales del Nuevo Mundo, sin embargo, no es una cuestión aislada y reducida a dos ensayos, sino que refleja una tendencia propia de todos los Essais. (p. 93)

Los indígenas para Montaigne tienen una guerra honorable y magnánima, motivada únicamente por el celo del valor, por el contrario, a conquistar nuevas tierras, sin artificios sobre la pedantería, la preocupación por la gloria y sin buscar un honor vacío de nombre o élites. “Su guerra es enteramente noble y generosa, y es tan excusable y bella como puede serlo esta enfermedad humana; entre ellos, no tiene otro fundamento que el simple celo por el valor” (Ensayos II, 30, p. 287). Asimismo, los indígenas disfrutaban de su fertilidad y gracias a su ubicación, no tienen que competir por tierras. Puesto que, viven en un estado de satisfacción con sus necesidades naturales, consideran superfluo todo lo que excede estas. En su sociedad, los indígenas llaman hermanos a los de la misma edad, hijos a los menores y padres a los ancianos, dejando sus bienes en común para sus herederos sin otro título que el de la naturaleza.

Montaigne realiza una autocrítica al ethos europeo, esto demuestra que, su forma de hacer ética, no se trata de elaborar un sistema complejo y estructurado, sino que, escribe y se incluye, así propone una ética en primera persona que condena la crueldad desde la razón, en tanto acto de tortura. Sobre todo, el auge de Europa, trae como consecuencia que, se piense así misma como el centro del mundo, tal es el caso de que se reconozcan como la moral correcta o la ética que posee la verdad. Esto es planteado por Enrique Dussel (1998) donde se validan las distintas formas de hacer ética y se critica la ética eurocéntrica, en comparación con el ensayo de Montaigne, en términos Dusselianos, los indígenas con sus costumbres tradicionales son la periferia, es por esto que, su forma de vivir es juzgada como inmoral y bárbara:

El Espíritu de Europa (germánico) es la Verdad absoluta que se determina o se realiza por sí misma sin deber nada a nadie. Esta tesis, que llamaré el «paradigma eurocéntrico» (por oposición al «paradigma mundial»), es la que se ha impuesto no sólo en Europa o Estados Unidos, sino en todo el mundo intelectual también de la periferia mundial. (p. 50)

En contraste con Montaigne, a pesar de ser europeo, opta por describir las costumbres, comportamientos, el sistema de justicia, las creencias y estructura de los indígenas. No solo lo

hace a través de un estudio aislado, sino que, en varios momentos, aclara que, él mismo habló con ellos para aprender sobre la cotidianidad de sus actividades y así logra esto mediante su participación y observación directa.

Además, mientras estudia el día a día de esta comunidad, Montaigne realiza una crítica a la sociedad europea en comparación con la sencillez con la que viven los indígenas en culturas completamente diferentes a las europeas. Se debe tener en cuenta que, Montaigne hace juicios morales en estas comparaciones, puesto que, los indígenas influyeron profundamente al momento de entender su contexto cultural y social, también parece motivar el respeto y admiración por estas comunidades.

En su tesis doctoral, Campos (2017) analiza el papel de Montaigne como defensor de la moral de estas comunidades, pues sugiere que Montaigne valora el canibalismo como una actitud de valientes, en consecuencia, Campos rescata a Montaigne como un estoico al comentar que: “Toda moral estoica tiene como ideal unir la práctica con la teoría” (p. 45). En otras palabras, Campos se refiere a un Montaigne que, al resaltar este acto (caníbal) de dicha comunidad, se entiende como expresiones de un estoicismo radical, en tanto que encarnaban esa misma aspiración: hacer coincidir la creencia con la acción y hacer de la práctica aquello que se sostiene como principio al mostrar fortaleza y no decaimiento. Asimismo, Campos (2017) presenta a Montaigne con rasgos epicúreos al poner la vida en la naturaleza como un imperativo. Dado que, Montaigne critica a los europeos porque se han apartado de las leyes naturales en su vida cotidiana, lo que conlleva a una corrupción física y moral.

Por otra parte, Montaigne ridiculiza con su estilo humorístico cómo, en lugar de aprender de las diferentes costumbres se demoniza lo diferente y se focaliza la atención en absurdos: “Todo esto no está demasiado mal, pero ¡vaya!, no llevan pantalones” (Ensayos I, 30, p. 293). Montaigne no condena las diferencias culturales, en su lugar, admira y expone tradiciones distintas a las de su origen. Cardoso (2010) realiza un artículo en el que afirma que Montaigne propone una nueva ética en contraste con la ética eclesiástica:

El ensayista mapea de forma aguda los rasgos de la vida intelectual que le rodea,
buscando en el reverso de uno de ellos una nueva orientación para el pensamiento, para la

producción del discurso, para la acción y la conducción de la vida. Vemos establecerse aquí [...] las balizas de un ethos profundamente diverso, el que impregna su tiempo. (p. 264)

La figura del caníbal resulta indispensable en la argumentación de Montaigne, pues funciona como instrumento discursivo en la tarea de desafiar las nociones sobre la barbarie y al pensarse la diversidad cultural, lo que Montaigne propone, lo menciona Dussel (2016): “El «principio de universalidad» se ha diferenciado y es necesaria una nueva definición de las categorías con mayor mundialidad, en la pluriversalidad intercultural” (p, 172). Así pues, Montaigne plantea un principio de tolerancia frente a lo diferente y desconocido y condena la crueldad.

Evitar la crueldad en Montaigne, es uno de los principios inquebrantables de la ética que este mismo propone, si bien Montaigne habla de las formas de tortura y las contrasta, no deja de reprobear la crueldad como acto independiente. A continuación, se exhibe más a fondo este principio ético en el ensayo La crueldad (Ensayos II, 11), este ensayo, se divide en dos partes, la primera paradójicamente es sobre la virtud, Montaigne escribe:

Me parece que la virtud es algo diferente y más noble, que las inclinaciones a la bondad, que son innatas. Las almas rectas y bien nacidas siguen el mismo camino y presentan el mismo rostro en sus acciones que las virtuosas, pero la virtud suena a no sé qué de más grande y más activo que este dejarse llevar suave y apaciblemente tras la razón, merced a un temperamento feliz. (p. 605)

A lo largo de este capítulo, Montaigne reconoce la dificultad de ser virtuoso frente a situaciones que hacen tambalear el espíritu, puesto que, tener virtud y habituarla al día común, presenta mayor facilidad cuando todo lo que rodea al sujeto es correcto, indoloro y sin sacrificios. Así, muestra Montaigne, como se le atribuyen características diferentes a la virtud a Dios, el siendo todo poderoso, no es virtuoso. “Tal vez, por eso ya vamos a Dios bueno, fuerte y generoso y justo; pero no le llamamos virtuoso. Sus acciones son todas naturales y exentas de esfuerzo” (Ensayos II, 11, p. 605). Esta connotación sugiere que, la virtud es dada por empeño, no como una característica innata y en efecto, sencilla. Esta afirmación se remonta en la ética aristotélica, donde se evoca:

Procede de la costumbre, como lo indica el nombre que varía ligeramente del de «costumbre». De este hecho resulta claro que ninguna de las virtudes éticas se produce en nosotros por naturaleza, puesto que ninguna cosa que existe por naturaleza se modifica por costumbre. (EN II, 1103a)

Aristóteles argumenta que la virtud no es algo que se otorgue en el nacimiento, sino que se alcanza mediante la práctica y el hábito. A diferencia de otros rasgos que se dan por disposición natural, un humano se hace virtuoso en la medida en que repite sus actos buenos y asimila estos de manera consciente. En palabras de Montero (2012) “De allí que la ética disciplina que, por otra parte, para Aristóteles está subordinada a la política sea concebida como una segunda naturaleza que sólo puede [*ibid*] cultivarse mediante el hábito o la costumbre” (p. 226). De la misma forma, esboza Montaigne que expone la virtud como un acto de esfuerzo que se hace visible y admirable en situaciones de altas complicaciones.

Montaigne destaca el principio ético de no solamente proclamar la virtud, sino también probarla, este juicio lo retoma tanto de estoicos como epicúreos que coinciden en que es necesario exponerse voluntariamente al dolor o a la carencia, con el fin de fortalecerse. A partir de ello, Montaigne presenta la posibilidad que se tiene de hacer una valoración a la virtud, al someterse a situaciones complejas donde se pone a prueba la virtud, o sea, los vivos que se hallan en condiciones engorrosas -la virtud se ve cuestionada-, donde se revela, a través de dichas pruebas, la auténtica solidez de su carácter. Así, es posible evaluar la verdadera virtud, Tal cual se explica: “la virtud se hace mucho más fuerte, cuando está herida” (Ensayos II, 11, p. 606). La auténtica virtud se revela ante circunstancias extremas, por ejemplo, la muerte, la tortura o los horrores de la guerra, donde el carácter humano es sometido a prueba.

Como era de esperarse, Montaigne se propone como ejemplo paradigmático para examinar la construcción de la virtud por medio del hábito. Bajo su propia experiencia virtuosa, señala que le resulta más accesible el ejercicio de la práctica concreta que fundamentarla teóricamente. Este planteamiento resulta significativo, pues admite -con incomodidad- que manifiesta mayor contención y moderación en sus actos y acciones que en sus razonamientos o juicios. Asimismo, considera que no ha enfrentado circunstancias demasiado adversas como para someter su virtud a

una prueba decisiva. “Encuentro en muchas cosas más contención y orden en mi comportamiento, que en mi opinión” (Ensayos II, 11, p. 614).

Es en este punto donde Montaigne parece cuestionar la razón y pone en duda su utilidad para evitar caer en excesos o pretensiones de virtuosidad. En efecto lo que alude Montaigne es que las acciones inmediatas -como el comportamiento espontáneo o los hábitos de conducta- parecen arraigar más la virtud al ser humano que la premeditación, así, las acciones contienen en su naturaleza una función aparentemente innata para el quehacer virtuoso. Por ello se pregunta “¿Será cierto que, para ser del todo bueno, hayamos de serlo por una propiedad oculta, natural y universal, sin ley, ni razón, ni ejemplo?” (Ensayos II, 11, p. 615). En consecuencia, se contempla su propia inocencia natural, existe una inocencia primordial que se manifiesta a través de su praxis espontánea y que, con frecuencia, no deriva de un proceso racional.

Así pues, en la segunda parte del ensayo se profundiza sobre la crueldad: “Aborrezco cruelmente, entre otros vicios, la crueldad, por naturaleza y por juicio” (Ensayos II, 11, p. 617). Montaigne condena explícitamente los actos de crueldad, sobre todo la premeditada y planeada. Cuando el sufrimiento ajeno se convierte en objeto de placer por sí mismo.

Este tipo de violencia infringida en donde el goce surge del dolor causa, es para Montaigne, la representación de la máxima perversión moral. Según Ravinet (2018). “Como consecuencia del predominio de la crueldad, se produciría una impotencia del entendimiento, lo que haría aparecer además rasgos de inhumanidad” (p. 90). Por esta misma línea, Montaigne en el ensayo sobre La crueldad (Ensayo II, 11) reintroduce el tema del canibalismo explicado en el ensayo Los caníbales (Ensayos I, 30) ya abordado en esta monografía, en donde se establece un contraste fundamental, de modo que, mientras las sociedades indígenas practican rituales de guerra y enemigos, con significación cultural (aunque repulsivos para el europeo), la crueldad europea carece de todo propósito más allá del sadismo intrínseco. “Los salvajes no me ofenden tanto, al asar y comerse los cuerpos de los fallecidos, como aquellos que los atormentan y persiguen vivos” (Ensayos II, 11, p. 619)

Montaigne diferencia entre violencia -funcional- (castigos merecidos, pero no inhumanos) y crueldad de hacer el mal por el mal. Su ética, con base en la compasión activa, proscribía a la

tortura que tiene al ser humano reducido a un mero objeto de dolor. El acto de causar dolor físico grave, es inaceptable, crea vicios y monstruosos placeres. “estos excesos inhumanos deben ejercerse contra la corteza, no contra lo vivo” (Ensayos II, 11, p. 621).

Lo que horroriza a Montaigne no es el castigo, sino su conversión en una forma perversa de teatro donde el verdugo, se convierte en un experto planeador, puesto que, crea una escena donde el protagonista no es otra cosa que el sufrimiento ajeno. Inclusive, transforma a la razón, en el autor intelectual de la tortura y el cuerpo humano en la víctima “el punto máximo al que puede llegar a crueldad” (Ensayos II, 11, p. 622).

Bien se sabe que, el ser humano encuentra diversión en manifestaciones inhumanas. A diferencia del simple entretenimiento que podría proporcionar observar el juego inocente de los perros o el comportamiento natural de los gatos. El hombre se complace en presenciar –e incluso fomentar– actos de crueldad entre animales. Esta perversión del ocio delata una tendencia donde la transformación del sufrimiento ajeno se hace un espectáculo y el ingenio humano se emplea para idear formas elaboradas de violencia.

Al finalizar el ensayo, Montaigne propone una epifanía ética: las cosas vivas deben recibir respeto y tolerancia alejado de lo político y el dolor en la teatralidad, al incluir la justicia y la ternura en los animales como en los seres humanos. Así como lo enuncia Peter Singer (1995): “La ética requiere que vayamos más allá del “yo” y del “tu” en favor de la ley universal, el juicio universalizable, la postura del espectador imparcial o del observador ideal, o como decidamos denominarlo” (p. 14). Por ello, Montaigne dicta que cada cosa que tiene un lugar en el mundo, por esto mismo, debe ser tratada con respeto y protección. Es en este enunciado donde Montaigne sostiene una forma de universalidad en su planteamiento. “No temo decir que la ternura de mi naturaleza es tan pueril que ni siquiera puedo rehusarle a mi perro la fiesta que me hace o me pide inoportunamente” (Ensayos II, 11, p. 627).

Como se ha afirmado, tanto el evitar la crueldad, cómo ejercitar y practicar la virtud son esenciales para la ética de Montaigne, por ende, es pertinente traer a colación el ensayo La virtud (Ensayos III, 29), donde Montaigne argumenta: “Encuentro por experiencia que hay mucha diferencia entre los impulsos y arrebatos del alma, y el hábito resuelto y constante” (p. 1057).

En otras palabras, se hace el reconocimiento de una distancia entre los arrebatos del corazón y una práctica firme y determinada. Se explica que, una gran cantidad de personas suelen pensar que tiene más valor aquel que supera las propias pasiones y alcanza una impasibilidad autoimpuesta es más admirable que ser impasible por naturaleza. No obstante, Montaigne aclara que estos momentos de resolución son intermitentes y no se convierten en hábitos permanentes en las personas “difícil de creer que el alma pueda teñirse e impregnarse de estas condiciones tan elevadas” (Ensayos II, 29, p, 1057).

Es en este ensayo donde Montaigne define la virtud como parte importante de la ética y su relevancia en la práctica, ya que distingue un buen acto dado por suerte o espontaneidad, con el hábito, estando a la par con lo determinado por Aristóteles en *Ética* “Además, nos encolerizamos o tememos sin elección deliberada, mientras que las virtudes son una especie de elecciones o no se adquieren sin elección” (EN II, 1106a) y continúa al decir “Es, por tanto, la virtud un modo de ser selectivo, un término medio relativo a nosotros” (EN II, 1107a). En efecto, la virtud depende del hábito y este se elige, no de una hazaña realizada a costa de suerte, emoción o casualidad. Por tanto, la verdadera virtud no reside en actos aislados de heroísmo o determinación, sino en la capacidad de mantener un hábito seleccionado constante de virtud y firmeza en la vida diaria.

Asimismo, Montaigne plantea que es posible que los humanos puedan alcanzar un estado superior incluso a la divinidad, porque no ser afectado por las emociones por elección propia es considerado superior a serlo por naturaleza. Es decir, la capacidad humana para controlar y manejar sus propias debilidades es vista como un logro más grande que no tener esas debilidades. Las personas pueden elevar el alma más allá del hábito, sin embargo, sería insostenible, “para enjuiciar apropiadamente a un hombre, es preciso ante todo examinar sus acciones comunes, y sorprenderle en su vida diaria” (Ensayos II, 29, p, 1058).

Una vez, pasa esta emoción que la eleva, el alma tiende a relajarse y volver a su estado habitual. Montaigne presenta que cualquier hombre puede tener un momento heroico, que es impulsado en ese instante por la emoción. Por ello, -es preciso juzgar a un hombre en su vida diaria antes que por un acto aislado de valentía-, Montaigne duda del valor moral de los actos extraordinarios, más aún cuando están cargados de emoción y son inusuales. Para él, una acción heroica es posible que se dé por impulso de la situación, sin que ello implique un ejercicio ético

continuo. Por eso, afirma que se debe juzgar a individuo por sus elecciones cotidianas en lugar de un solo acto de honor. En este sentido, la virtud no se da en los extremos, sino en la vida ordinaria, es la virtud una práctica común y estable, al ser frecuente puede sostenerse en la convivencia humana.

Tal como lo afirma Berrón y Kogel (2022):

La virtud ética puede o bien un afecto, o bien una capacidad o bien un hábito. En segundo lugar, muestra que la virtud ética no es ni un afecto ni una capacidad. Por lo tanto, y en tercer lugar, resta que la virtud ética sea un hábito. (p. 31)

Montaigne considera que la virtud es un acontecimiento cotidiano, no uno excepcional, basta con la vida ordinaria para manifestarse. Esto, no es otra que cosa regresar a los griegos clásicos. Especialmente, es una idea que se retoma de Aristóteles, pues la virtud que tiene que ser sostenible y estable y se alcanza a través de la práctica día tras día, tal como lo plantea Montaigne, la virtud se puede reconocer sólo en la cotidianidad, en la práctica regular de la misma.

Por ello, tanto hacer del bien un hábito, depende de una ética interna, que rige la persona que escoge todos los días actuar ser virtuosa. En cuanto a la crueldad, es crucial evitarla en todas sus formas, sobre todo la crueldad por diversión y disfrute. Sin estos dos principios éticos, no se puede construir una sociedad. Por tanto, Montaigne propone construir un tejido social cimentado en restar lo negativo y hacer de la virtud una fortaleza en lo cotidiano.

En relación a la ética, es preciso presentar el capítulo Los cojos (Ensayos III, 11), donde Montaigne narra la fragilidad de las certezas y cómo se quieren buscar explicaciones antes que la verdad de los hechos, “los hombres, ante los hechos que se les proponen, prefieren dedicarse a indagar su razón antes que a indagar su verdad” (Ensayos III, 11, p. 1530). En el inicio de este ensayo, Montaigne demuestra una gran coherencia ante el rechazo de la superficialidad y la propuesta del valor de la humildad como guía para un conocimiento verdadero. Además, señala que hacer de la verdad, un asunto de mayorías es una antítesis del conocimiento “una masa en la cual un número de insensatos rebasa en tanto al de sabios” (Ensayos III, 11, p. 1534).

No obstante, Montaigne tiene una idea clave: “Nos enseñan a tener miedo a profesar nuestra ignorancia y nos vemos obligados a admitir todo aquello que no podemos refutar” (Ensayos III, 11, p. 1536). Lo que argumenta Montaigne es que, el acto de aceptar la ignorancia es un paso al conocimiento, es decir, la valentía está en reconocer que no se sabe.

Esta es una ética del conocimiento que crea sabios que entienden con tenacidad sus límites, al confesar la ignorancia se realiza un acto moral a favor del conocimiento y en contra del engaño intelectual. Como lo afirma Cortina (2000): “se trata de delimitar lo verdadero frente a suposiciones subjetivas. [...] Esto es lo que parece, pero lo que realmente buscamos es certeza, seguridad para nuestros conocimientos y convicciones” (p. 50).

Por otra parte, los seres humanos no poseen tanto conocimiento como suelen creer. Esta limitación no constituye un defecto, más bien funciona como verdad ética que se desvela para evitar la falsedad y el engaño intelectual, por ende, como es crucial en la filosofía montaigneana, la humildad epistémica es necesaria para el desarrollo de un conocimiento crítico y honesto. Este planteamiento no se reduce al conocimiento, sino que adquiere un sentido dentro de la reflexión moral de Montaigne, dado que, al reconocer los límites del saber, se realiza un acto virtuoso en sí mismo. Puesto que, al rechazar la arrogancia intelectual, el sujeto cultiva una forma de humildad del saber y también una ética.

Un ejemplo de esto, lo examina Montaigne con la brujería, puesto que “Las brujas de mi vecindad corren peligro de muerte por el dictamen de cada nuevo autor que da cuerpo a sus sueños” (Ensayos III, 11, p. 1537). A saber, se sentencia a una joven por creencias personales, sin intentar revelar la verdad oculta. Esto es una muestra de cómo se tiende a apegarse más en la justificación de prejuicios, en lugar de preferir dudar antes que afirmar dogmáticamente. La ética de Montaigne es basada en la humildad, el cuestionamiento de las certezas y el respeto a lo diverso (ya sea en lo cultural o en lo intelectual). Esto se ve reflejado tanto en *Los caníbales* (Ensayos I, 30) porque cuestiona la superioridad moral de Europa frente a los indígenas, como en *Los cojos* (Ensayos III, 11) donde expone la irracionalidad de creencias europeas y condena los juicios basados en superstición.

Lo que hace Montaigne en los ensayos no es otra cosa que evidenciar lo peligroso de emitir juicios absolutos sin comprender la complejidad humana. Como resultado, la ética funciona como una herramienta contra el fanatismo y las condenas injustas. Al rechazar la seguridad con la que algunos juzgan lo ajeno, Montaigne narra como un hombre, no como un juez “hablo de todo a modo de charla, y de nada a modo de dictamen” (Ensayos III, 11, p. 1542) lo que sigue que, “a menudo nuestras razones se anticipan al hecho, y tienen una jurisdicción tan infinitamente amplia que juzgan y se aplican incluso en la inanidad y en él no ser” (Ensayos III, 11, p. 1543).

A diferencia de lo expuesto, para Montaigne existe un juez más eficiente, digno y verdadero que los exteriores. Esto presenta en el ensayo La conciencia (Ensayos II, 5) donde hay un juez y un tribunal en ausencia de terceros. Este no es otro que, la conciencia, esta se da en el juicio íntimo que cada individuo realiza sobre sus propios actos “Igualmente, a la vez que uno se complace en el vicio, se engendra una desazón contraria en la conciencia” (Ensayos II, 5, p. 529), esta visión conecta con una ética de la autenticidad y la responsabilidad personal, Según Bombiela Sepúlveda, (2018) “La conciencia éticamente concebida, es una conciencia con la capacidad de reflexionar cuyo objeto es observar o bien el propio sujeto que lleva a cabo el acto, o bien el mismo sujeto apropiándose de lo que observa” (p. 65).

Además, Montaigne ejemplifica diferentes sucesos en donde el mismo sujeto se sirve de la conciencia y se castiga así mismo “Quien espera el castigo, lo sufre; y quien lo ha merecido, lo espera. La maldad fabrica tormentos contra sí misma” (Ensayos II, 5, p. 528). El mal comportamiento lleva su propia condena, no tanto por la ley humana, sino por los efectos que genera en la interioridad del sujeto, como el remordimiento, la culpa o el miedo. La idea de la conciencia de Montaigne, es de una conciencia estrictamente moral, es la voz interior que hace un dictamen en los propios actos.

A su vez, sugiere la crítica de la tortura como método judicial, puesto que, rechaza el uso del sufrimiento físico como herramienta de verdad, por medio de no tenerse pruebas, se recurre a métodos crueles, en la búsqueda de certeza puede ser más destructiva que la incertidumbre misma. La tortura en contraste con evitar la crueldad, que se ha impuesto como principio ético: “¿No eres injusto si, para no matarlo sin motivo, le haces algo peor que matarlo?” (Ensayos II, 5,

p. 532). En otro sentido, Montaigne recalca el valor de la conciencia para recompensar los buenos actos, la conciencia no solo acusa, también otorga firmeza cuando se obra con rectitud “nos colma de temor, nos llena también de seguridad y confianza” (Ensayos II, 5, p. 529).

Con la conciencia finaliza la propuesta filosófica montaigneana, en el momento en que la sostiene como brújula interna moral, que no solamente salva de los malos actos para evitar la tormenta y remordimiento, sino que también premia y ayuda. En efecto, todas las herramientas que se han dilucidado a lo largo de este escrito, complementan en una ética vivida, narrada y argumentada en primera persona, desde las confesiones e inclusiones personales del mismo ensayista.

Conclusión

A modo de conclusión, Montaigne replantea en sus ensayos una forma de hacer filosofía que se aparta del modelo académico tradicional y devuelve a la filosofía su raíz más humana. A través

de textos que son confesionales, Montaigne presenta una filosofía accesible que tiene en cuenta sus límites para evitarse ser inalcanzable. Lejos del conocimiento vacío y la repetición de información, demuestra la posibilidad de una práctica filosófica no necesariamente docta, sino conformada desde el juicio y la experiencia.

Montaigne al escribir sobre sí mismo, escribe sobre lo humano. Su método: ensayarse, proporciona la recuperación del sentido originario de la filosofía como el amor a la sabiduría y como ejercicio vital. En los ensayos seleccionados se profundiza cómo la filosofía no está reservada para estudiosos colmados de vanidad y no se encuentra solo en libros. Al contrario, pertenece a quienes se preguntan temas ordinarios, cómo, por ejemplo, la vida, la muerte, la educación y la verdad. Por ello, ante un mundo saturado de información, Montaigne se hace pertinente, gracias a su reflexión cotidiana, donde filosofar se hace un acto de reencontrarse con el mundo, asimismo, con la filosofía y la interioridad propia.

A su vez, Montaigne despliega en su obra una crítica a la filosofía académica y al sistema, donde se evidencia cómo estas, tras su pretensión de universalidad, se distancian de la vida concreta y lo humano. Frente a tal rigidez del saber, Montaigne encarna la filosofía con sus experiencias y escribe sobre ello. Esto, no implica un rechazo al conocimiento, sino un alego en contra del intelectualismo presuntuoso, donde la arrogancia y el deseo de reconocimiento se hace, muchas veces, una parte inseparable del saber abstracto. En definitiva, su estilo ensayístico permite un quehacer filosófico humilde en el cual se contraponen lo pedante, con la sabiduría rústica y lo ordinario.

En consecuencia, la filosofía no reside solamente en tratados y bibliotecas, en su lugar, se encuentra en habitar un cuerpo, en la finitud, la duda y, sobre todo, en la acción. La crítica que Montaigne sugiere no es una negación del conocimiento, más bien, es una liberación del mismo al regresar el saber a donde nace: la existencia. Montaigne advierte que, la filosofía pierde su sentido más profundo al desconectarse de lo tangible y recuerda que filosofar, es entonces, habitar y entender lo humano.

Para finalizar, Montaigne propone una ética personal, dado que, se cimienta en su cotidianidad y vivencias. Su ética filosófica, consiste en habitar con coherencia y sensibilidad el

mundo. A través de sus ensayos, Montaigne sugiere dos principios claves para hacer funcionar su idea de mundo. En primer lugar, menciona el evitar la crueldad, con ello, invalida los actos de tortura que hacen del humano, un monstruo. Condena la crueldad como la máxima degradación moral, incluso cuando se disfraza de justicia. Así, evitar la crueldad, sobre todo, la crueldad por placer, incita a hacer de la realidad un lugar habitable en donde se respeten las diferencias y la diversidad de la cultura. En segundo lugar, propone una ética desde el ejercicio de virtud, donde a la par con Aristóteles, demuestra que la práctica constante de actos virtuosos trae una estabilidad necesaria. También, niega la virtud en actos aislados de heroísmo, por ello, debe hacerse una costumbre de los actos virtuosos.

Su ética en primera persona se gesta desde la humildad del saber y desde la conciencia como un tribunal íntimo, que juzga con mayor rigor y humanidad que cualquier ley exterior. Además, cómo en toda su obra, se arremete contra la arrogancia dogmática, donde la creencia de la verdad propia y aislada, trae consecuencias sobre otros.

Montaigne requiere que la filosofía abandone su vanidad y regrese a su origen. No existe verdad en el conocimiento que ignore la experiencia, ni virtud aislada de la realidad cotidiana en quien postula sin vivir en lo que sostiene. El argumento de Montaigne es preciso, reflexionar con el cuerpo, con la conciencia y con humildad. Renunciar a la crueldad, el dogma y la vanidad del saber, esto, funciona como requisito para que una filosofía posea significado verdadero. Montaigne no proporciona un sistema, en su lugar, una sentencia, si la filosofía no se transforma en práctica, encarna y medita, se convierte en un espectáculo inútil de abstracciones. Su ética en primera persona es un acto de vitalidad, una defensa a lo humano, del juicio frente al prejuicio, de la vida frente a la abstracción. La filosofía que no se halla en la vida cotidiana no merece ese nombre.

Bibliografía

Bibliografía Básica

Montaigne, M. (2021). *Los ensayos*. (Bayod Brau, J, Trad.). Acantilado.

Bibliografía Complementaria

Alvargonzález, D. (2020). Filosofía, ¿para qué?. *Tópicos*, 59, 429–442.

<https://doi.org/10.21555/top.v0i59.1146>

Aristóteles. (1985). *Ética nicomáquea*. (Pallí Bonet, J, Trad). Gredos.

Aristóteles. (1994). *Metafísica*. (Calvo Martínez, T, Trad.). Gredos.

Bakewell, S. (2017). *How to live: A life of Montaigne*. Editorial Planeta.

Berrón, M., & Kogel, M. (2022). La metodología utilizada en la búsqueda de la definición de virtud en *Ética nicomáquea* II de Aristóteles. *Tópicos*, 43, 6–9.

<https://doi.org/10.14409/topicos.v0i43.11887>

Bombiela Sepúlveda, J. D. (2018). *Ética de la conciencia: La imitación reflexiva como enfoque alternativo en el debate por una justificación plausible de los juicios morales*. [Tesis de licenciatura, Universidad Tecnológica de Pereira]. <https://hdl.handle.net/11059/9289>

Botton, A. (2001). *Las consolaciones de la filosofía*. Taurus.

Brigante, A. M. (2013). La teoría de la acción poética de Paul Valéry. *Pensamiento. Revista De Investigación E Información Filosófica*, 68, (256), 273–286.

<https://revistas.comillas.edu/index.php/pensamiento/article/view/1065>

Camps, V. (2013). *Breve historia de la ética*. RBA.

Campos, L. A. S. (2017). *Montaigne o la defensa estoica y epicúrea de América* [Doctoral dissertation, Universidad Nacional Mayor de San Marcos].

Cardoso, S. (2010). Montaigne: uma ética para além do humanismo. *O que nos faz pensar*, 19(27), 257–278. <https://philpapers.org/rec/CARMUT>

Carneiro, A. S. (2011). Exercícios Espirituais e Parrhesia nos ensaios de Montaigne. *Revista De Filosofia Aurora*, 23(32), 113–129. <https://doi.org/10.7213/rfa.v23i32.1756>

- Comte-Sponville, André. (2009). *Montaigne y la filosofía*. (Bertran, R, M, Trad.). Paidós.
- Cortina, A. (1994). *Ética de la empresa. Claves para una nueva cultura empresarial*. Trotta.
- Cortina, A. (2000). *Ética mínima*. Tecnos.
- da Conceicao, G. H. (2014). A QUESTÃO DA SUBJETIVIDADE EM MONTAIGNE E FERNANDO PESSOA: A ESFINGE E O ENIGMA. *Revista Filosofia Capital*, 9, 22–37. <https://www.filosofiacapital.org/index.php/filosofiacapital/article/view/260>
- Dussel, E. (1998). *Ética de la liberación*. Trotta.
- Dussel, E. (2016). *14 tesis de ética*. Trotta.
- Eco, U., Alva Barrera, O., Peña Torres, D., & Rodríguez Aguilar, J. (2016). *La Edad Media, I: Bárbaros, cristianos y musulmanes*. Fondo de Cultura Económica. <https://www-digitaliapublishing-com.banrep.basesdedatosezproxy.com/a/64583>
- Eurípides. (1985). *Tragedias II*. (J. L. Calvo Martínez, Trad.). Gredos.
- González, A. (2016). La ética explorada. *Ediciones Universidad de Navarra*. <https://www-digitaliapublishing-com.banrep.basesdedatosezproxy.com/a/51575>
- González Leegstra, C., Carnagui, J. L., Cueto Rua, S., & Kahan, E. (2010). El historiador tiene que hacer una historia crítica, no está al servicio de la memoria. *Traverso. Sociohistórica*, 27, 167–182. https://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1852-16062010000100006&lng=es&tlng=en
- Habermas, J. (2000). *Aclaraciones a la ética del discurso*. Trotta.
- Hartle, A. (2012). The invisibility of philosophy in the Essays of Michel de Montaigne. *The Review of Metaphysics*, 65(4), 795–812. <http://www.jstor.org/stable/41635520>
- Hartle, A. (2013). *Montaigne and the Origins of Modern Philosophy*. Northwestern University Press.
- Henry, P. (2000). Getting the message in Montaigne's essays. *Philosophy and Literature*, 24(1), 165–184. <https://doi.org/10.1353/phl.2000.0013>

- Kastner, L. E. (1902). The Modern Language Quarterly. *Modern Humanities Research Association Stable*, 5(1), 1-6. <http://www.jstor.org/stable/41065220>
- Laborda Gil, X. (2019). El proyecto Montaigne: Ensayistas afables de la comunicación. *Universitat Oberta de Catalunya*. <https://www-digitaliapublishing-com.unipamplona.basesdedatosezproxy.com/a/61744>
- Lázaro, R. (2012). La actualidad de Michel de Montaigne en el debate contemporáneo sobre la identidad. *Taula: quaderns de pensament*, 44, 039–053.
- Llinás Begon, J. L. (2005). Modernidad y actualidad de Montaigne. *Tópicos*, 13, 129–143.
- López Hernández, J. (2022). El ser humano en Los ensayos de Miguel de Montaigne. *Eidos*, 38, 71–97.
- Marrero-González, C. (2021). A propósito de “De caníbales”, de Michel de Montaigne: Un pionero en el relativismo cultural. *Cultura de los Cuidados*, 25(59). <http://dx.doi.org/10.14198/cuid.2021.59.13>
- Montero, A. S. (2012). Los usos del ethos: Abordajes discursivos, sociológicos y políticos. *Rétor*, 2(2), 223–242. <https://www.aaretorica.org/revista/index.php/retor/article/view/154>
- Onfray, M. (2007). *El cristianismo hedonista*. Editorial Anagrama.
- Oyarzún, P. (2003). Montaigne: Escritura y escepticismo. *Diálogos*, 341-363.
- Piracoca Fajardo, C. (2020). *La criatura dueña y emperatriz del mundo: la crítica de la vanidad en Montaigne y en los discursos de los antiguos en la “Apología de Ramón de Sibiuda”*. [Tesis de Magister, Universidad Nacional de Colombia]. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/79170>
- Raga Rosaleny, V. (2013). Cultura y naturaleza: Montaigne en América. *Alpha (Osorno)*, 37, 91–104. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22012013000200007>
- Ravinet, J. (2018). Una revisión del concepto de superyó en tres autores kleinianos contemporáneos. *Revista Chilena de Psicoanálisis*, 33(2), 84–107. <https://apch.cl/wp-content/uploads/2022/07/RevChil33-2.pdf>

Sales Vilalta, G. (2022). Entre Schulphilosophie y ciencia moderna: la filosofía de Christian Wolff. *Seminario de Historia de la Filosofía*, 39(1).

<https://revistas.ucm.es/index.php/ASHF>

Schlegel, F. (2011). *Ideas con anotaciones de Novalis*. Pre-textos.

Schopenhauer, A. (2006). *Parerga y Paralipomena*. Trotta.

Singer, P. (1995). *Ética práctica*. Cambridge University Press.

Zambrano, María. (1996). *Filosofía y poesía*. Fondo de Cultura Económica.